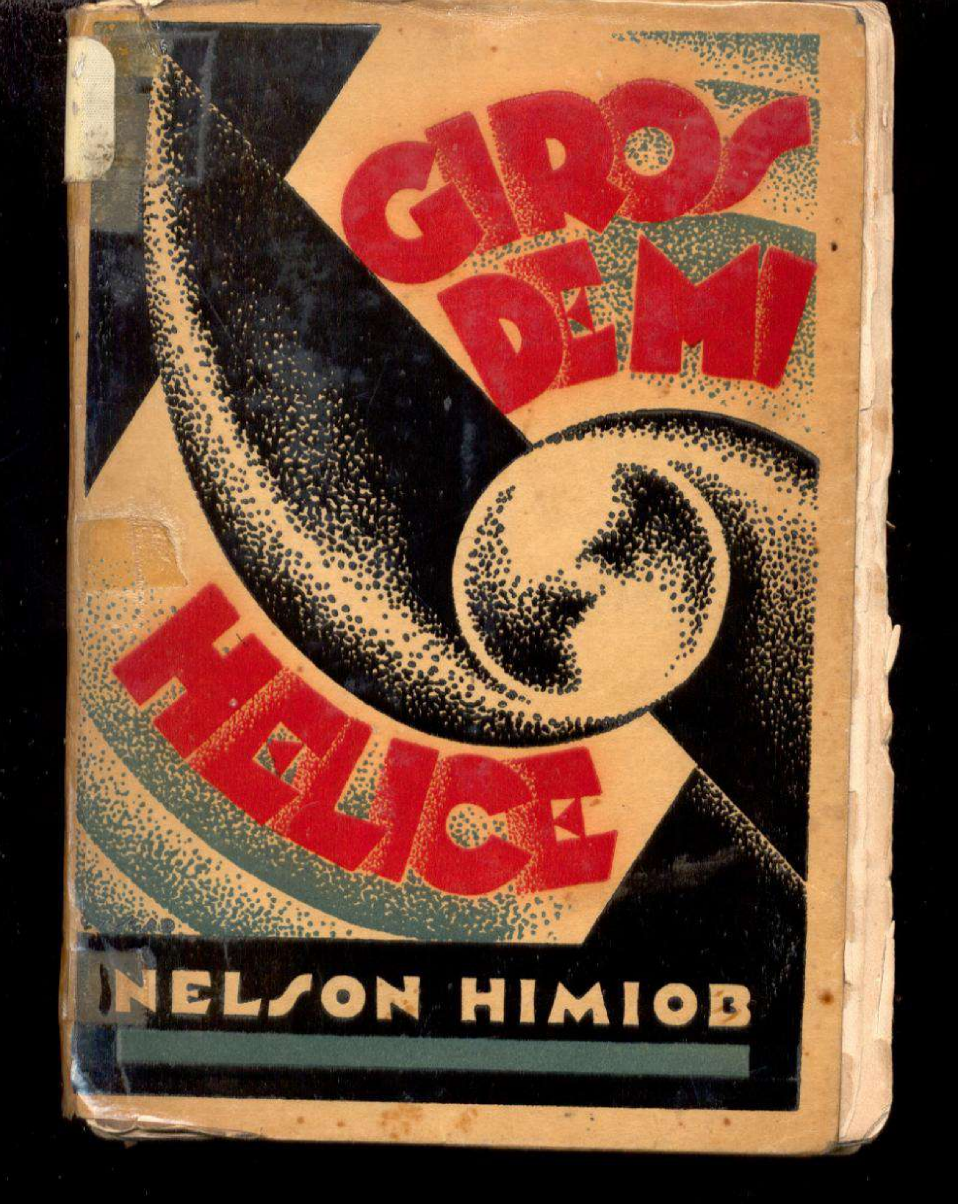

GIROS
DE MI
HELICE
NELSON HIMIOB

GIROS DE MI HELICE

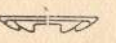


B

I

N E L S O N   H I M I O B

GIROS DE MI HELICE



EDITORIAL "ELITE"
LIT. Y TIP. VARGAS
CARACAS
1930

HORIZONTE

Flotando aún en mis oídos brumas dispersas de la música rebelde que pasos atrás, en la sala clarísima, iluminaba los ojos juveniles y metía bloques de aire en los pechos románticos, brinqué al automóvil achatado, que oprimido en su viscera de arranque, deslizó una respiración lenta, como un balón enorme que prolongara sus últimos momentos de obesidad.

Mi mano fría trabajó en la palanca y la calle volteó la espalda. Una y otra y otra vez.

El foco, que tumbaba en la esquina su luz amarilla, fué chupando la sombra caída en su límite, trayéndola a sus pies y engulléndosela íntegra, para luego, girando el rostro, irla desarrollando velozmente, disminuyéndole intensidad, pero estirándola, estirándola, hasta extenuarla por completo cuando se la quitaba el otro foco.

Cimbrado sobre el volante robusto violé la carretera de tiza. La corneta tenía la garganta fresca, y sus gritos, untados de seriedad cosmopolita, eran, bajo el silencio negro, los kikirikí que anunciaban el amanecer de la velocidad.

El acelerador, pegado a la tabla, dormía.
Metido en las entrañas del ámbito sin transparencias, avivé los sentidos. Y los sentidos captaron, y fueron pródigos.
LA MONTAÑA.—Yo tengo un Bazar de Vientos. ¡ Qué lindo es!
LA CARRETERA.—Los Adioses llevan siempre las alas húmedas.
YO.—Las estrellas tienen las mejillas rotas.
LA SOMBRA (encinta de sombras).—¡ Acaríciame, acaríciame! ¡ Mira cómo tiemblan mis senos de mujer!
YO.—Compuse mi hélice con lluvias marineras y minutos anochecidos.
LA MONTAÑA.—¡ Oye... ! Cómprame este viento Norte para tu hélice. Está bañadito en el mar y empolvado de neblina. ¡ Qué lindo es!
LA CARRETERA.—¡ Cuándo regresará el primer Adiós!
YO.—¡ Hélice mía!, ¡ Gira! ¡ Gira!
EL VELOCIMETRO.—70... 80... 75... 60... 35...
El puerto asomó su dorso poderoso encorvado hacia el oriente.
El mar seguía en su deseo violento de salirse de su hueco y llegar a la ciudad, pero sus ímpetus arqueados y rugientes, transidos de fatiga, caían en la playa echando espuma por la boca.
La brisa intensa se bamboleaba en los trapecios de los cocoteros.
Al frente se erguía una muralla de mástiles.

Oprimí los frenos. Salté al muelle.
Con andar ténue me fuí acercando a un espacio libre de embarcaciones.
Acosté los ojos en la obscuridad. Largo rato. Muy largo.
A lo lejos, la manzanita radiante del faro desnudaba su pulpa a la comba inmóvil de la serenidad.
Me incliné a la orilla del muelle. Rabiosamente hice estremecer mis rodillas y mi boca se alargó en una sonrisa que no supo pasar de los labios.
Mi cuerpo formó un pequeño arco en el vacío. Al caer puse en fuga a una multitud de círculos temblorosos, haciendo que un ruido sordo rebotara aquí y allá, como una piedrecita plana.
Ras... ras... ras...
Mis brazos se alargaban, se encogían; y con la cabeza de lado miraba la manzanita radiante que ofrecía su pulpa colorada de orientación.
El horizonte no estaba lejos. A pocos metros susurraba tendido en el lecho del mar.
Me le acercaría cauteloso, nadando con lentitud para que no me sintiera. Entonaría una canción caliente y ancha, una canción de pescador, de esas que huelen a sardina y hacen vibrar el aire como si tuvieran músculos. El horizonte, confiado y melancólico, se dejaría cerrar los párpados por los dedos de lana de la canción.
Ras... ras... ras...
Lo palparía con cuidado a ver si estaba completamente dor-

mido, con mucho cuidado, porque si despertaba era capaz de quitarle al cielo dos nubes, chocarlas, y aplastarme el rayo en el pecho.

¡El horizonte era malo! ¡Cuántas veces contestó con ironías a mis frases galantes! ¡Cuántas veces negóse a venderme la punta de una ilusión! ¡Y haberme estrujado el alma, con saña, con goce salvaje, sólo por amar las distancias vírgenes! Por eso quería matarlo, hundirle en la garganta mis dedos de piedra, ver su desesperación cobarde al segundo final, y triturarle la boca para que no riese, porque el horizonte era tan perverso, que haría cualquier cosa, hasta ser valiente, con tal de gotearme escozor.

Ras... ras...ras...

¡Si, allí mismo estaba! No lo veía porque las sombras trotaban sobre su lomo largo. Pero tenía la seguridad de acercarme a cada golpe de brazo.

¡Agarrar al horizonte! ¡Prensarlo con fuerza hasta quitarle esa hipócrita curva, dejándolo derechito y afilado como un camino sin meta! Ponerlo de pie, hacerlo que abandonase esa eterna posición de mujer, y, frente a frente apoyarle la rodilla en el centro; luego, halando por los extremos, doblarlo, doblarlo, y oír su crugido al quebrarse. ¡Matar al horizonte!

Ras... ras...

Mi voluntad chuparía fuerzas, muchas fuerzas, todas las que se ocultaban, impelidas por la inercia, en mi cuerpo flaco. Mi voluntad las pondría en filas compactas, o formaría un ángulo cuyo vértice fueran mis manos unidas en una sola crispación. ¡Estrangular al horizonte!

Ras...

¡Así! ¡Así! No se salvaría el horizonte! ¡Ya lo trituraba entre mis piernas rígidas! ¡Ya se retorcía bajo la tensión de mi cuerpo brutal! ¡Ya le desgarraba el pecho, y adentro, adentro, le metía las manos, hasta sacarle el corazón...!

Gluuuuuuu...

Me vistió una lápida de burbujas.

***

El corazón del horizonte, desangrándose, nadaba en el aluminio erizado del mar.

ALARMA

El espacio está tibio.

Hay una luna hermosa.

Duermen los soldados tendidos en sus carpetas duras. Uno ronca sonoramente. A veces su compañero más cercano le sacude la cobija en que se arrolla hasta la garganta, haciéndole dar un suspiro ancho, menear los brazos tiesos y volver el rostro al otro lado, para luego, al poco tiempo, reanudar sus ronquidos largos, ventrudos.

Frente al campo abierto, bordeando una tienda extensa de lona blanca, camina un centinela con paso estrecho. Ráfagas de aire liviano se arrastran por el campamento empañando de aspereza sus miradas henchidas de sueño, que buscan la luz clarísima de las lámparas de acetileno fijas en los recodos, para endurecerse, tornarse rudas como músculos, y resistir, horizontales, el empuje violento de los minutos.

Pasó en vela la noche anterior. Necesitando dinero tuvo que vender su sueño, y ahora, cuando le tocaba el servicio, sentíase el cuerpo cansado, un lento golpetear en la cabeza y los párpados demasiado espe-

sos. ¡Tal vez andando con mayor velocidad se aviven sus nervios! Probemos.

Se desliza rápidamente.. De aquí a allá. Rápidamente. ¡Así! Ya no arrastra el fusil. Sus piernas se fortalecen; estíranse con facilidad.

El viento arrecia.

Sentados en taburetes viejos, dos tenientes charlan a media voz, dirigiendo, en ocasiones, preguntas ingenuas al oficial de guardia que consume un cigarrillo apoyando el codo izquierdo en un barril alto, y sosteniendo con las piernas apretadas el sable brillante.

—¿Tú crees eso, Ramírez?

—Pues, chico; con franqueza te diré que nó. Esa pila de historias que corren por aquí como verídicas no pasan de ser invenciones de cazadores estúpidos que en su vida no han matado siquiera un conejo o de llaneros alucinados por el sol.

Y repite mentalmente: "alucinados por el sol". Ha salido bien la frasecita; muy bien. ¿Cuándo aquellos pobrecitos hombres que nunca dejaron las sabanas podrían hablar así?, ¿con esa precisión, esa soltura, esas palabras tan lindas? "Alucinados por el sol". ¡Qué bien! ¡Ni sabrían ellos el significado! Era natural, naturalísimo, que se hubiera impuesto soberanamente a los primeros días de su llegada. Nadie le aventajaba en expresiones sabias y elegantes. Todos ocurrían a su criterio en las discusiones más exaltadas, apaciguándose las cóleras al decir él su pensamiento elevado y certero. También es verdad que él venía de la capital, de Caracas grande, de Caracas fastuosa, llena de teatros y de ministros. ¿Por qué lo mandarían a

estos arrabales del país? ¿A estos llanos incultos, palúdicos, que no producían sino vacas, caballos y loros? ¡A él, un hombre distinguido, ilustrado, buenmozo, en fin *come il faut!* ¿No era así que decía su gramática de Otto? ¡Ah, el francés! ¿De qué modo se imaginarían ese dulce idioma aquellos rústicos Camaripano y Morales? ¡Oh!

Camaripano, que ha dirijido la pregunta, insiste:

—¡Ya que tú lo dices...! Pero oye... Fué el Coronel quien me lo dijo... Y tú sabes que él no miente nunca.

Ramírez, retirando el codo del barril e inclinando el busto hacia sus compañeros, susurra con lentitud:

—¿El coronel?

—Si... ¿Y qué?

—Nada.

Calla. Raspando el suelo con la punta del sable va creando un montoncito de arena, que luego, nervioso, patea fuertemente. Después, volviendo a su antigua posición y lanzando el cigarrillo con el pulgar y el índice, dice muy bajo, en tono casi suplicante:

—Por supuesto, ustedes no dirán al coronel que yo he puesto en duda su historia. No es por nada... Ustedes saben que quien tiene la razón puede mantenerla en cualquier parte. Pero...

Queda pensativo unos segundos.

—¡Como se trata del coronel! ¡Cuestión de disciplina!.

Morales, alzando el rostro, musita áspero:

—También negarás que los venados tienen oídos en las patas.

—No sé... Varios me han dicho eso... Yo registré a Luisa, mi venadita, y no le encontré nada... Ahora, puede ser que los machos...

Un perro distante esgrime su aullido intenso, blando, sostenido, que se derrama por todas partes como la lluvia.

Gruñe el centinela una blasfemia larga y continúa su paseo veloz, inquieto, deteniéndose en ocasiones para calzar la alpargata vieja que resbala de su talón.

—¡A recibir los primeros cuartos!—grita con voz penetrante el sargento de guardia.

La arenilla cruje al paso de lo soldados que, alegres unos, abandonan sus sitios de vigilancia, y torvos los que se levantan, andan tardíos, soñolientos, renegando del servicio árido.

Los dos tenientes se retiran.

El oficial de guardia siéntase en el barril, y al cabo rato, cabeceando, desgonzado, se mete de bruces en el sueño.

Y el centinela camina. Camina.

Sólo él tiene que soportar el peso de sus párpados, gruesos cada vez más; inmensos. ¡A prisa! ¡A prisa! ¡Andemos veloces!

Los toro-toros, alineados, serios, intachables en su vuelo suave, atraviesan el cielo limpio dejando caer un reguero de gritos. Al rato se pierden en la lejanía húmeda.

Es tenue la brisa. Apenas aporrea el ambiente.

La serenidad, total, es otro cielo que se ha desplegado.

Y el centinela camina. Camina.

Pero... ¿Qué es eso? ¿Habrá escuchado mal? ¿Será efecto del sueño grande, terrible, que le anestesia los músculos, vaciándole la cabeza?

¿Otra vez? ¡No... no...! ¡Ahora si ha oído bien!

Corre hacia Ramírez. Viéndole dormido hace un gesto de contrariedad. Inmóvil, erecto, espera un rato. Tal vez confíe en un despertar súbito. La zozobra le contrae las piernas que se aflojan. Duda. Sinembargo, es necesario, urgente, enterarlo. Al fin, temeroso, le aprieta un hombro. Nada. Entonces, desesperado, le grita fuerte:

—¡Mi teniente!

Ramírez da un salto. El sable cae con ruido.

—¡Qué...! ¡Qué...!—dice inconsciente.

—¡Mi teniente!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?—repite asustado.

—Dos detonaciones, mi teniente.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el Guamacho.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

Ramírez se quita la cachucha, mira al suelo, adelanta un pie, y encapotando los ojos inquiere:

—¿Revólver o máuser?

—Máuser.

Quédase pensativo. Luego, cubriéndose, se dirige a la tienda del capitán.

Sale a los pocos minutos y ruge:

—¡Recorrida! ¡Recorrida! Llame al sargento primero! ¡Corra!

Otra detonación se desmaya sobre el campamento. Brota gente de todas partes. Zumban los murmullos entrelazados. Brillan las pupilas ávidas.

—¡Sargento; a formar la compañía!

El sargento, alto, flaco, ligeramente curvado, de rostro huesudo, salta de un sitio a otro, dando gritos que se pierden en el barullo total.

Los soldados se apresuran a disponer sus fusiles y a apretarse los cinturones donde se fijan las cananas colmadas de cápsulas.

En grupos, golpeándose las culatas, atropellándose casi, van llegando frente al sargento que da sus voces de mando parado en el centro de la planicie arenosa

—¡En dos filas!

Arrastrando los pies y mirando siempre hacia la derecha, los soldados se alínean.

—¡Atenciónnn... firrr... A discreciónnnn...!

Ramírez aparece con el sable desnudo. Mientras se arregla el correaje toma la dirección de la tropa, ordenando:

—¡Numerarse!

El choque de las piernas al crear la posición de firme aconsonanta los números gritados:

—¡Un!

—¡Dos!

—¡Tres!

La voz va brincando a lo largo de las filas hasta que desaparece al sonar con mayor potencia:

—¡Novennnnta y siete!

Por entre algunos oficiales que zigzaguean con rapidez inquiriendo hechos o acondicionando las armas

se abre paso el coronel: pequeño, regordete, de piernas muy cortas que a duras penas logran sostener el vientre inflado.

Ya frente a la compañía da órdenes a Ramírez:

—Sosténgame a la gente en pie mientras yo voy a ver qué sucede. Mande apagar las luces y que no se oiga el menor ruido.

Luego, volteando hacia el ayudante, un oficialillo enteco, dice en el mismo tono:

—Que me traigan el automóvil.

El capitán examina con sus ojos diminutos, nutridos de astucia, las cananas de los soldados. Después se aleja mirando al suelo y pasándose una mano por el mentón.

Los faros del automóvil iluminan a la tropa rígida, yendo a colocarse muy cerca del coronel, quien dice primero con voz pastosa:

—Ponga las luces pequeñas.

Y después grita:

—¡García! ¡García!

García es su secretario.

—¡García! ¿Qué se ha hecho García?

Un cabo se cuadra frente al coronel, balbuciendo temeroso:

—García dice que no puede venir porque tiene mucha fiebre.

—¡Pero si no hace una hora estaba conmigo! ¡Y no tenía nada!

—Pues ahora está acostado temblando de fiebre.

En la cara ancha del coronel se desparrama una sonrisa. Aclarándose el pecho y haciendo crugir las

coyunturas de sus manos chiquitas y gordezuelas, inquiere.

—¡Temblando. . .! ¿Sabe lo de los tiros?

—Sí, mi coronel.

—¡Ah García! Temblando. . . Eso como que no es paludismo. . .

Y dejando caer su risa tumultuosa desenfunda el revólver, brinca al automóvil y grita enérgico:

—¡Viejo Manuel! Cógete un máuser y acompáñame. Vamos a ver lo que pasa.

Del grupo se destaca un hombre vestido de dril blanco un tanto deshilachado, con el sombrero de campaña tirado hacia atrás, dejando asomar unos mechones de pelo cano.

—¡Eso es conmigo! Nosotros dos pa los que salgan.

Y echándose sobre un soldado le quita el fusil y se acomoda al lado del coronel.

—¡Vámonos compadre! ¡Y lo que sea sonará! Nosotros dos pa los que salgan. Vamos a ver si nos acordamos de nuestros buenos tiempos.

Mientras el automóvil se desliza en silencio una bandada de recuerdos abrillanta las pupilas grises del viejo Manuel. Con aquel muchacho que lleva a su diestra, un muchacho a pesar de sus cuarenta años y sus presillas luminosas, pasó muchos mediodías tendido a pleno sol en el campo largo respondiendo profusamente al plomo cerrado que les enviaba el enemigo. También pasó muchas noches en los calabozos de las cárceles provincianas contándole cuentos llaneros donde figuraban tigres, caimanes y almas en pena. . .

—Viejo, ¿cuántas cápsulas te trajiste?

—Tú sabes que aunque no me has querido dar un máuser para mí solo yo cargo siempre el cinturón repleto.

—Te regalé un revólver y lo vendiste.

—Porque estaba necesitado.

El automóvil asalta la raya pálida que se tiende sobre la sabana clara.

—Apaga las luces.

El chofer, un mestizo delgado, de hombros enjutos, con el sombrero ancho metido hasta las orejas, vuelve sus ojillos turbios, y apretando el volante nerviosamente, contesta disgustado:

—Es peligroso, coronel, por los baches.

—Apaga las luces, he dicho.

La brisa, tupida de arenilla, se apoya en el radiador.

Los parafangos levantan un crujido de hierba seca.

Y la luna cae.

El coronel inclina el busto apuntando la mirada hacia el horizonte impreciso, y sosteniendo en la diestra, con flojedad, el revólver de cañón largo. La cara arrugada del viejo Manuel se cubre con un débil matiz de satisfacción.

Una sombra pequeñísima comienza a destacarse en la lejanía, avanzando cada vez más, hasta presentarse primero como una bruma negra que resbala, y luego como un hombre que corre, con violencia, atropellando la distancia.

—Detén el perol este, compadre, y déjame apear aquí para esperar al tercio ese tendido en la sabana,

mientras tú te quedas cazándolo acurrucado; por si acaso—musita levemente el viejo Manuel echándose al suelo con el fusil tendido.

El hombre continúa acercándose.

Su carrera es desigual, ondulada, interrumpida por bamboleos que lo incitan a caer.

A unos cien pasos del automovil da en tierra, pecho al cielo blanco, estremecido por respiraciones rápidas e inconclusas.

El coronel, con violencia, abandona el puesto, y apresurado se le va encima. El viejo Manuel se para y lo sigue cauteloso.

El hombre se araña la franela curtida. Quiere hablar pero se traga las palabras antes de que lleguen a los labios.

Poco a poco se va calmando.

Y al fin grita, con los ojos enormes, enderezando el tórax:

—¡Laya, coronel, Laya!

Encoge las piernas y afianzando las manos callosas en los pantalones del viejo Manuel se pone en pie.

El coronel lo mira y suelta con rudeza:

—¿Qué hace usted por aquí?

—¡Yo soy Marcelo, el carretero, y venía del pueblo con unas provisiones para el campamento cuando Laya me echó la broma!

—Laya... ¿El cabo Laya?

—El mismo, coronel.

—Vamos, cuéntelo todo, sin mentiras, porque la puede pasar mal.

El carretero mira con desconfianza el revólver cuajado de reflejos y más allá el fusil a discreción. Rascándose la cabeza y ayudándose con gestos expresivos, comienza:

—Guá, como le decía, yo venía del pueblo. Traía en la carreta cuatro sacos de caraotas, dos sacos de papas, sal, papelón, varios racimos de cambures y una caja de leche condensada que le mandó especialmente para usted la señora Carmen. Cuando iba pasando por Guamita salió de la pulpería de Pancho el cabo Laya. Estaba borrachísimo. Se me acercó y me preguntó si yo venía para el campamento. Yo le dije que sí, y entonces él me contestó que me acompañaría. Yo eché la carreta por delante y nos pusimos a hablar. Me preguntó qué llevaba y yo le dije toitico el cargamento. Al pasar junto a las Piedras se me quedó viendo mucho rato y me dijo: "Compadre, en esa carreta va nuestra felicidad". Yo me eché a reir y le contesté: "¿Nuestra felicidad?; ¡por mal lado ha cogido la rasca, compadre". El hizo como si no me hubiera oído porque se quedó mirando al cielo que estaba muy bonito y me dijo: "¡Qué palo de luna, compadre!" Continuamos andando en silencio. Al cabo ratico me repitió: "Si, compadre, ahí va nuestra felicidad". Yo le pregunté riendo: "¿Y qué llevo yo en la bicha esta que pueda ser nuestra felicidad?" El se puso muy serio y me respondió: "Guá, compadre, la leche condensada. Paramos la carreta aquí, sacamos la caja y nos metemos en un rinconcito del Palmar a chuparnos los potes. Yo traigo entre el bolsillo un clavo que nos puede servir para abrirle los agujeritos". Yo le dije:

"No compadre, eso no es mío, eso es del coronel, y yo no quiero echarme una broma; déjese de eso". Entonces él me agarró por las solapas del paltó y me dijo viéndome a los ojos: "Marcelo, yo quiero que me des la caja, o aunque sean unos potecitos". Yo me negué y seguí andando. Al ver que él se había quedado parado me adelanté y cogí las riendas de la mula apresurando el paso. No habían pasado ni tres minutos cuando sentí el primer candelazo que se estrelló contra la carreta. La mula se espantó y echó a correr. Yo hice lo mismo sin aflojarla. Sonó el otro candelazo. Voltié para atrás y ví que Laya venía también corriendo. La cosa se estaba poniendo fea y yo estaba ya muy cansado. En una vueltica del camino aflojé las riendas y me tiré hacia la cuneta más honda. Allí me quedé agazapado, pegado a la tierra como un lagartijo. Ví que Laya pasó frente a mí persiguiendo la carreta. Afortunadamente no se fijó cuando me separé. Entonces, al verme en salvo, porque Laya iba lejos, abandoné el camino y me metí por la sabana. Vine a reventar muy adelante. Sinembargo, escuché otro tiro atrás, pero cerca, y temiendo malograrme me guindé a correr hasta que los encontré a ustedes.

El coronel enfunda el revólver con lentitud. El viejo Manuel inicia un gesto de malestar.

El carretero escupe, torna a rascarse la cabeza, y dice roncamente:

—¡Caray! La cosa fué seria. Y no es nada, ahora tengo que buscar la carreta; sabe Dios donde se ha metido esa maldita mula.

—Vengan conmigo—ordena el coronel.

Suben al automóvil que cambia de frente y se aleja crujiendo de velocidad.

El viento es enorme, potente, como para conducir exclamaciones. Y la luna se ha puesto más ancha.

Un pequeño zorro atraviesa el camino y se hunde en la hierba curvada.

El frío comienza a desmoronarse.

Todos van en silencio.

De pronto se desprende una risa, que va adelgazándose, palideciendo de inanición, hasta que muere. Tras de la risa brinca una palabra gruesa, que retumba un poco. Luego otra. Y nada más.

Cerca se abre el campamento como una mano.

Llegan.

Desciende el coronel frente a la tropa todavía en pie. Habla con el capitán:

—El de los tiritos fué Laya. Es necesario cogerlo. Organice una comisión. Es preciso hacer un escarmiento serio.

El capitán recorre las filas señalando:

—Usted. Y usted. Quéquere. Núñez. Usted.

Los cinco números se colocan a un lado.

—Usted, sargento, póngase a la cabeza. Ahora, en marcha. Busquen por los alrededores del Palmar y de Guamita. En fin, por todas partes. Que no se presenten sin Laya.

Después, dirigiéndose a la compañía:

—¡Atención... firrrr... Reeeetiiiii...!

El cúmulo de hombres se disgrega. En los pechos se ha extinguido la inquietud.

Por eso, tirados de nuevo en las carpetas, los ojos se les cierran dulcemente.

Y el centinela camina. Camina.

Sólo él no podrá dormir.

RETAZOS DE COMEDIA

El hombre apacible mete su andar lento por la calle tranquila. Atrás queda su casa amplia, arrebujada en el sosiego, y su hembra buena y hermosa, y sus hijos pequeños y colorados.

En sus pasos siempre iguales y siempre rectos hay el reflejo de una vida que resbala sin tropiezos.

Su actividad cuelga en las agujas del reloj. Cada hilacha de tiempo se le enrosca en un círculo que limita sus movimientos.

Y el hombre apacible es dichoso.

Hoy le ha robado mazos de minutos una compañía de dramas y comedias. Por eso se ha vestido esta noche con mayor esmero. Quiere chupar el interés que apuntan los programas.

Y el hombre se desliza hacia el goce correcto pensando en la sonrisa trigueña de su mujer, en las palabras rotas de sus hijos, en los negocios que transcurren serenamente, y en el granado, erguido en el patio de su casa, mojado de sombras al atardecer.

Cuando llega a una esquina y la espuma de las conversaciones burbujea en sus oídos, se detiene, em-

proa la atención, y se lleva las pocas palabras atrapadas en el calor sonoro de alguien; luego les da caricias de labios repitiéndolas automáticamente.

Antes de cruzar una calle observa, elevando las cejas y curvando la cabeza, si los extremos están limpios de automóviles. El hombre apacible teme mucho a la muerte.

A los pocos metros de su cuerpo gordo reúne gente un gran bostezo de luz.

Ha llegado.

Alguien penetra por la masa como un puñetazo por un montón de piedras. "Qué bruto", piensa. El se abre camino pausadamente.

Se introduce en el vientre del teatro cuando amanecen los aplausos en la impaciencia del público.

Cinco minutos mirando a todos lados.

Sube el telón.

La escena representa el interior de una casa lujosa. Todo resplandece al tanteo de las candilejas. Tirada en un diván rameado una mujer joven de traje liso y brillante pasa los ojos bellos por una revista de modas.

Hay silencio.

Un criado aborda la escena llevando una tarjeta en la diestra encogida.

CRIADO.—Señora...

La mujer tuerce el busto y congestiona el cuerpo en una expresión de fastidio. Después alza la cabeza y toma la tarjeta.

MUJER.—Que pase.

Arreglándose el peinado se levanta. Tiene el rostro severo.

Por la puerta del fondo entra un hombre trajeado con pulcritud. Dá sombrero y bastón al criado. Luego, sonriendo, se acerca a la mujer y le tiende la mano.

HOMBRE.—Señora...

MUJER.—Nunca creí que tuviese el atrevimiento de pisar esta casa. Se necesita no tener vergüenza.

HOMBRE.—Por usted, señora, se pierde todo... ¡Es usted tan hermosa!

MUJER.—Dirá usted rápidamente el asunto que lo trae.

HOMBRE.—Señora, yo soy quien traigo al asunto...

MUJER.—Es lo mismo. Diga ligero lo que desea.

HOMBRE.—Ligero no puede decirse. Perdería el encanto.

MUJER.—Entonces, váyase...

Y extiende el brazo hacia la puerta. El hombre no se mueve.

Hasta el público llega un ruido sordo que sale de tras los decorados opacando el diálogo de los actores.

MUJER.—Me pondrá usted en el caso de llamar al criado para que lo eche.

HOMBRE.—Sería una imprudencia. El criado lo haría saber en todo el vecindario. Y el vecindario...

El ruido se hace más intenso y amplio. Se perciben confusas las frases calientes de una discusión. Los actores han enmudecido y se miran extrañados.

El apuntador saca de la concha su cabeza calva y tiende un "shiiiiiiit" sostenido. El ruido crece más y más. Ahora tiemblan en el aire palabras peludas de indignación.

Se abre una puerta transversal en medio de un estremecimiento de paredes y cae en el escenario un hombre viejo de cabello blanco, apretándose el rostro con la mano esquelética.

—¡Canalla!—ruge, arrastrándose por la alfombra escarlata.

Un hombre joven brota de la misma puerta y le hunde su mirada astillosa, y su risa astillosa:

—Así es, perro viejo, arrástrate, síguete arrastrando, y babea el suelo, y babéate esa cara podrida, pero no babées a los demás.

Los actores se retiran a un extremo. La mujer abarca al público con sus ojos grandes enchumbados de asombro y aprieta el brazo de su compañero. El escenario se llena de gente. El apuntador da gritos inútiles.

En camisa, con el cabello húmedo y la garganta inflada de sonidos, atropellador, entra el jefe de la compañía:

—¡¡Señores, qué es esto!! ¡¡Señores, señores!! ¡¡Silencio, señores!!

Algunos callan. Otros, asustados, se van.

—¡¡Silencio, señores!!

El viejo se levanta ayudado por la mujer. De su boca fluyen hilos de sangre. En sus ojillos terrosos cuelgan las miradas como pájaros muertos.

—¡Silencio, señores!

Los gritos desaparecen dejando un rastro de murmullos. A los varios minutos llega la calma.

El jefe de la compañía se adelanta hasta el proscenio... Con voz blanda y sonora dice:

—Respetable público...

Un hombre musculoso sale corriendo de entre bastidores y le arropa las frases nacientes con un alarido prolongado.

—¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaa!!!

Y sigue, y sigue, hasta que se hace dueño de la escena.

Luego, con una mano tendida hacia el viejo de cabello blanco y la otra golpeando el aire, habla reciamente:

—¡Respetable público...!

Lo detiene el grito del jefe de la compañía:

—¡Tramoyista, baje el telón!

El hombre musculoso da un salto hacia atrás y aprieta los puños:

—¡Tramoyista, si bajas el telón te mato!

Su voz es amplia y potente. Abre las piernas para afianzarse más en el suelo y en los brazos las venas se le prensan como mecates.

—¡Al que baje el telón lo mato!

Enmudece.

Después, dirigiéndose al público:

—¡Es necesario que todos se enteren de la tragedia espantosa que pasa en esta maldita compañía! Señores, vivir aquí es algo tremendo, horrible. ¿Véis a ese hombre en camisa, de gesto depótico? ¿Véis? Ese hombre es un infame, un canalla; nos maltrata el cuer-

po, nos maltrata el alma; y sus palabras son tan pesadas que se nos van al fondo y desalojan a nuestro pobre pensamiento; y sus miradas son tan agudas que se nos hunden en el pecho como clavos en un cartón. No nos deja hacer nada; siempre sus palabras y siempre sus miradas. ¡Y lo que yo he visto! ¡Si, yo lo he visto con estos mis ojos que se han mellado de tanto ver claro! Yo he visto en su escritorio muchos muñequitos de cera enlazados por el cuello por una cabulla que cuelga en la mano de otro muñeco más grande, de hierro... ¿Y sabéis de quién se vale para sujetarnos, para impedir que huyamos? De ese viejo de cabello blanco que véis ahora con la cabeza hundida. ¿Y sabéis cómo nos amarra? Prestándonos dinero, llenando de monedas nuestras manos buenas... Y trabajamos, y trabajamos, y nunca podemos estar libres porque siempre nos llena de monedas las manos buenas... ¿Y sabéis por qué ese hombre joven que véis allí abofeteó al maldito viejo? ¿No? ¡Si es horrible, sucio, cochino! Porque le propuso, ¡qué podredumbre, señores!, le propuso cambiar la deuda por...

—¡Mentira!—grita el viejo lanzándose sobre el hombre musculoso y tapándole la boca—¡Mentira! ¡Es mentira!

—¡Verdad, viejo maldito, verdad!

—¡Mentira! ¡Mentira!

Los gritos abomban la escena.

El apuntador que había permanecido acurrucado en su concha brica fuéra vociferando:

—¡Hay que amarrarlo! ¡Hay que amarrarlo! ¡Está loco!

—¡Sí, hay que amarrarlo!—responde uno.

—¡Amarrarlo!

—¡Amarrarlo!

Todos corren hacia el hombre musculoso y se lo llevan a empellones. El escenario queda solo.

Se oyen rugidos distantes.

Rugidos que lentamente se van destiñendo.

Lentamente.

El público construye un follaje de murmullos.

A los varios minutos sale el jefe de la compañía. Desde el proscenio, curvando el busto, inclina su voz blanda y sonora:

—Respetable público. Os pido mil perdones por el acontecimiento inesperado que ha venido a turbar el trabajo de los actores y a daros un rato harto desagradable. Mas nada se ha perdido. En cuanto se ordene la escena continuará la comedia.

El público aplaude.

El hombre apacible abandona su asiento y se aleja con paso tranquilo.

La gente, extrañada, le mira.

Llegando a la puerta oye los dichos de los actores que de nuevo comienzan la función.

—¿Para qué seguir allí?

Saca un cigarrillo, lo prende con mucha calma, y se echa a caminar pensando en la sonrisa trigueña de su mujer, en las palabras rotas de sus hijos, en sus negocios que transcurren serenamente, y en el granado, erguido en el patio de su casa, mojado de sombras al atardecer.

SE ABURRE MUCHO EL FARERO

Se aburre en las noches hondas de un solo plano negro ahuecado por la luz del faro y se aburre en los días cristalinos exuberantes de color.

Se aburre siempre.

Y lo más terrible es que el aburrimiento se le aparece en todas las cosas: en la playa solitaria sombreada a trechos por uveros nudosos y en los cerros torvos de vegetación quemada por el sol intenso, en la torrecita del faro erguida sobre una punta saliente y en el eterno doblarse de las olas.

El aburrimiento lo sigue como un perro cansado. Y así tiene que ser. A muchos kilómetros del pueblecito a donde sólo va para suministrarse en cantidades grandes comestibles que le duran hasta dos meses, se halla confinado al aislamiento perfecto, sin sentir otra voz que la monótona del mar, y acaso la suya propia, cuando en las horas de opresión interna desgreña canciones violentas aprendidas de marinos sin horizonte. En esas horas canta, canta. Porque en cada canción huye una brizna de pena, porque cada canción le exprime un poco de angustia.

Bien podría ir al pueblecito y enredarse con los hombres en conversaciones interesantes, de buques perdidos en mares ignotos, de temporales que parten el palo mayor, de mocetones robustos que asesinan por muchachas morenas. Y tomarse unas tantas copas mientras la aventura se deshilacha en altibajos de entusiasmo... Pero no; también los hombres le aburren. Los hombres son buenos para compararse a ellos y sentirse superior. Mas a él lo han aplastado los hombres, y el tiempo, y todo.

Es fatal. Su vida se diseca lentamente a los aires siempre iguales de una misma intemperie.

Se apea de la cama estrecha a la primera claridad del espacio. Apaga la luz del faro. Pegado a la ventana abierta a los aplausos de las olas, distiende los brazos y respira fuerte, muy fuerte, ampliándose el pecho flaco y siguiendo el vuelo geométrico de algún alcatraz ansioso de desayuno. Abandona la torrecita y se da a recortar distancias, una distancia cualquiera, deteniéndose junto a un peñón negro sumergido medio cuerpo en el agua y oteando desde allí las rayas confusas del paisaje, o, más ingenuo, arrojando piedrecillas en la espuma. Vuelve cuando el sol comienza a subir. Luego, otra vez a la playa, o a trepar por los cerros escarpados viendo a los lagartijos correr a su paso y a las nubes moverse pesadamente, ya en el azul detonante del cielo o en las sombras anchas borrándose sobre las lomas irregulares. Y frente a la noche tornar a su morada, encender el faro y ponerse a contemplar. A contemplar el presente sin cambios, recto, donde la ausencia de impresiones prolongada

más y más, va dejándole poco a poco ausente de sí mismo, y a contemplar el pasado, vulgar, en que ningún hecho ha puesto la rúbrica de un recuerdo preciso. Vagamente se ve chiquito, andrajoso, sentado en un rincón jugando con un muñeco de trapo mientras su madre trajina junto al anafe donde hace burbujas la fritura que ha de engullirse su padre, aquel hombre que a menudo le pega y le dice palabrotas cuando la pesca es muy reducida. Después, ya espigado, los músculos empezando a endurecerse, tirado en la playa recibiendo el sol de lleno, o peleando con otro muchacho por una sardina o por una palabra. Y más grande, de grumete en un barco pequeño, tocando puertos y puertos de los que apenas si conoce los muelles y alguna que otra taberna donde se emborracha y pide besos a una mujer de todos. Llegan las arrugas a su rostro y tiene que aceptar una colocación cualquiera en que gane la vida sin manejar su fuerza ya bastante cansada.

Diez años tenía de farero, diez años que habían resbalado por su existencia sin alterar en nada la quietud lisa y monótona que cada día se engruesaba más, encerrándolo. Encerrándolo.

La última emoción se la dió un alcatraz. Una tarde, en que sentado sobre una piedra miraba las contorciones de las olas, vió al animal echado tranquilamente en el agua con el largo pico metido en la pechuga. Al poco rato le notó un visible esfuerzo que lo condujo a planear un vuelo corto clavándose en la arena y dando boqueadas lentas. Se le acercó, y asegurándose de un picotazo lo trajo afuera. Estaba en los huesos. El buche completamente vacío. Lo examinó con

cuidado pudiendo observarle en la garganta una ranura por donde escapaban las sardinas que había logrado pescar. Se lo llevó a la torrecita y le hizo una costura larga poniéndole en condiciones de tragar bien. Desde entonces lo tenía de compañero, con una extensa cabulla amarrada en una pata que le permitía alimentarse en las aguas cercanas pero que imposibilitaba su fuga.

¡Su compañero, un alcatraz! Con todo, era mejor que un hombre; al menos no podía hablar. No podía aburrirle más llenándole de palabras.

***

Hoy, la melancolía se le ha tendido dentro del pecho, haciéndole de vez en vez respirar con mayor fuerza. La curva de su espalda ha crecido un poco. Los ojos se le disminuyen, como deseando acortar mucho la visión de afuera y mirar sólo el panorama interno. Tiene un decaimiento en los labios y su rostro se agudiza más. Si levanta los brazos se le erizan al correr de un temblor imperceptible.

Camina con paso angosto por la playa sin observar el pausado derrumbamiento del crepúsculo.

—¡Maldita sea!—piensa en voz alta.

Y repite para sí: ¡maldita sea!

La melancolía le ocupa todos los sentidos, y tiene... ¡sí!... tiene ganas de llorar.

—¡Maldita sea!

Se pasa las manos por la cara apretándose las mejillas y sacudiendo la cabeza. ¡Es terrible!

De repente se endereza, abre los ojos casi hasta desorbitarlos, y erguido, dando el pecho al viento, canta:

> Nosotros desafiamos las tormentas
> de las noches negras... ¡aaaaaay!
> y reímos, y reímos... ¡aaaaaay!

El trozo de canción ha salido ronco y áspero. El lo nota y se mesa los cabellos suspirando sonoramente.

—¡Maldiiiiiiiita sea!

El temblor se le mete en todas las fibras del cuerpo. Tiene miedo, mucho miedo. Un nudo se le atraviesa en la garganta y el corazón le late con rapidez. Las piernas se niegan a sostenerlo. Se ha puesto helado.

—¡Dios miiiiio...!

La frase silba callada, mojándose en los labios.

Respira corto y repetidas veces. Se tambalea con lentitud. ¡Quizás caiga!

Pero... ¡no!... ¡no!

Ahora corre, corre...

Sube a saltos la carcomida escalera de la torrecita, penetra en su cuartucho, se detiene junto al alcatraz que parado en la ventana lo mira fijamente, y extrae de su baúl una botella que comienza a vaciar en grandes tragos.

Bebe seguido.

Sus ojos se abrillantan. Es notable la rapidez conque huye la melancolía...

Se siente vigoroso

Un pedazo de sonrisa le cuelga en la boca.

Da un empujón al alcatraz echándolo al suelo:

—¡Compañerito, compañerito, estoy triste! ¡Si, compañerito, muy triste! Pero este aguardiente me quita la tristeza; ¡ya verás compañerito!; él me quema la garganta, me quema el estómago, y sinembargo es bueno, muy bueno, ¡y como no va a serlo si me hace pensar en cosas bellas, en cosas grandes! El aguardiente, compañerito, ¡óyelo bien!, está hecho para los hombres como yo, huecos...

Se sienta en la cama bamboleándose. Ve a diversos puntos con expresión de igual indiferencia. Se queda largo rato pensativo.

Torna a beber, y dando una patada al suelo, rechinando los dientes, grita:

—¡Oye maldito alcatraz! Oye esta historia que me aconteció hace tiempo. ¡Es embuste, lo sé! A mí nunca me acontece nada... Pero óyela, me dá la gana de contártela, maldito alcatraz, porque me pasó... Era una noche terrible, negra, sin una estrella; el viento se crispaba en las velas de la goleta, bramando, como si lo ahorcaran; las olas enormes se estremecían dando saltos sobre cubierta; el timón giraba hacia donde lo empujase el temporal; ¡espantoso!, ¡espantoso!... Nos moríamos de terror.

Gesticula moviendo todo el cuerpo. A veces camina y se recuesta a la pared golpeándola con el puño. Sus miradas rectas, clavadas velozmente en muchas partes, se cortan en la obscuridad. Las palabras le brincan salpicadas de saliva.

Permanece un rato abstraído. Saca otra botella y se la empina despacio, tragando una, dos, tres veces... Se va un poco hacia adelante.

—¡Si... nossss... moríamossss... de terror!...

Se queda silencioso tambaleándose. Tiene el rostro desfigurado.

Súbito, alzando los brazos desesperadamente, ruge:

—¡Es que me aburro! ¡Me aburro demasiado!... ¡Maldita sea!

Cae sobre la cama. Sus ojos están húmedos. Su pecho palpita con violencia. La boca se le contrae en rictus multiformes. Un sonido ténue y sordo le brota de la garganta.

—¡Eh!... ¡alcatraz!... Dime tú, maldito, ¿por qué yo nunca recibo ninguna emoción?, ¿por qué me aburro tanto? Es necesario, ¿lo oyes?, que yo me divierta con algo...

Calla. Se levanta.

—Pero... ¡Si!... ¡Maldita sea! ¡Si en mis manos está! No, no lo enciendo; yo tengo que divertirme... Esta noche, ¿lo oyes maldito animal?, en el faro no habrá luz... no lo quiero... Y entonces, cuando un barco se quiebre en las escolleras, cuando los gritos de los hombres taladren los llantos de las mujeres chocando en el aire, entonces tendré una emoción, una gran emoción...

Recorre a pasos largos el cuartucho.

Vacía la botella y la rompe contra la pared.

Está envuelto en un resplandor de júbilo.

—¿No has oído? Algo así como un golpe lejano... ¿Será?... ¡Fíjate bien!... ¡Si, si!... ¡La-

mentos!..... ¡Gritos!..... ¡Qué emocionante!..... ¡Oh...! ¡Qué divertido!

Cae al suelo pesadamente.

***

El sol ha iluminado el paisaje sereno. La tranquilidad es dueña absoluta del ambiente. Hay ritmo hasta en el viento.

Por la ventana del faro huye una canción:

Nosotros desafiamos las tormentas
de las noches negras... ¡aaaaaay...!
y reímos, y reímos... ¡aaaaaay...!

MOMENTO OPACO

La tarde introduce en el cuarto una astilla de sol.

Minutos antes se marchó el médico llevando el rostro satisfecho desnivelado por una sonrisa ligera.

El enfermo sitúa su mirada tensa en la puerta entrejunta que permite el paso a un ángulo de luz desteñida. La cama sencilla se hunde al peso de su cuerpo robusto cubierto hasta la mitad del tórax por una manta veteada de azul. Apoya la cabeza redonda de líneas enérgicas en el hueco de las manos entretejidas sobre la almohada. El cabello en desorden se parte en dos gajos irregulares.

Sentado a su diestra, un hombre flaco de gesto aburrido desmigaja con los dedos la impaciencia de atrapar un pensamiento sólido.

Hace rato que las palabras no ensanchan la grieta de los labios. Tienen miedo de aporrear el silencio.

Los tic-tac apresurados del reloj despertador son el pulso del ambiente.

Inmovilidad total.

¡Si un poquito de viento se colara por la puerta y

menease siquiera ese papel fugitivo en el suelo! Pero nada.

Sueño de las cosas.

Sopor de las actitudes.

Quietud infectada de tedio.

El enfermo voltea el rostro. Sus ojos acumulan brillantez. ¡Al fin!:

—Ya ves, el médico ha dicho que no hay peligro. Reposo. Dieta. Dos o tres días en cama.

El otro afirma:

—Dos o tres días en cama. Eso es todo. Gracias a Dios.

—Todo. Y sinembargo...

—¿Sinembargo?

—Es terrible.

—¿Terrible? ja, ja, ja... ¿Dos o tres días en cama? Ja, ja, ja... ¿Es un chiste?

La risa extiende un blando lienzo para que salten las ideas.

—No; es verdad—habla el enfermo—¿pero no comprendes? En la función de esta noche, la que tendrá el lleno más completo por ser la segunda de la temporada, no podré trabajar. Mientras tú das vueltas y saltos en el trapecio; Henrick latiguea sus leones; Kity sube a su caballo blanco y parada en su lomo gordo lo deja correr cuanto quiera; mientras todos llevan el entusiasmo al público y lo mantienen en esa tensión maravillosa que hace olvidar lo que no se relacione con el circo, yo estaré acostado destrozándome las uñas y mordiendo la almohada por la imposibilidad de saborear la exaltación de la multitud, de aspirar ple-

namente ese fluído vigoroso que vuela de las manos rojas de aplausos y de los gestos emocionados.

Las frases brotan con rapidez, sin una pausa, serenamente.

—Tú no sabes, Manuel, lo que yo gozo, cuando todas las miradas, fuertes, ansiosas, persiguen tus pasos lentos y tus onduleos rápidos en la cuerda floja; y llenas de cariño , temerosas de que te resbales y caigas, quisieran servirte de apoyo en las situaciones difíciles. Cuando la gente, abstraída en tus balanceos peligrosos, llega a compenetrarse contigo de tal manera que le parece ser ella misma la que anda por la cuerda...

A compás de las palabras su busto se va curvando. Afianza las manos en los bordes de la cama y suspendiendo el cuerpo recoge las piernas quedando sentado. Mira fijamente a la pared con las cejas contraídas. Luego continúa:

—Si, nada tan interesante. Cuando salgo a la pista del circo ensancho mis narices para aspirar mejor ese entusiasmo, y lo aspiro con avidez, como a un humo tibio y espeso que, al penetrar en el interior de mi ser, infla todas mis venas, regenera mi sangre y trae a mi alma una enorme sensación de energía. Para mí es el entusiasmo de la multitud como la morfina para el morfinómano. ¿Comprendes ahora? Dos o tres días en cama representan dos o tres dosis de entusiasmo que me quitan.

Manuel, tranquilamente, cruza las piernas, enciende un cigarrillo y se pone a soplar, con el humo absorbido, la brasita roja. No le extraña el discurso de su amigo. Tiene más de siete años recorriendo el mundo

a su lado con aquel viejo circo de fieras y volatines. Tal vez el hábito de hacer razonamientos ingeniosos para que el público ría se ha metido con el tiempo en su vida privada, complicando su pensamiento normal. Recuerda el momento en que lo conoció. Fué en una metrópoli europea, cuando el director del circo, deseoso de mejorar el elenco, contrató a varios artistas nuevos. Se lo presentaron como a un payaso ruso muy original, Ivan Victorovich. Al poco tiempo era el alma de la compañía. Todos admiraban su facilidad de hacer reír al público por medio de gestos ridículos y chistes raros. Y todos lo querían, porque ninguno que le exigió un servicio vió frustrados sus deseos y porque su carácter siempre alegre y retozón les transmitía un poderoso optimismo. Una noche en que se hallaba un poco borracho, le confesó que él no se llamaba Ivan Victorovich y que tampoco era ruso. "Soy mejicano—le dijo—pero me hago pasar por ruso para darme ambiente", y rió con su risa quebrada. Tenía un hijo de diez a doce años que llevaba siempre consigo, un hijo muy diferente a su padre, severo, torvo, a menudo con el rostro fruncido en una expresión de disgusto, amante del silencio y la tranquilidad. Cuando alguien preguntaba a Ivan la edad de su hijo, respondía muy serio: "Va para los cuarenta".

—¿Lo has comprendido?—pregunta el enfermo con voz lenta.

—¿Qué?

—¡Hombre, lo terrible de no poder aspirar el entusiasmo que se desbordará esta noche en el circo!

—¿El entusiasmo? Si, si; tienes razón; es terrible—contesta por decir algo, viendo una ténue capa de melancolía tendida sobre el gesto del enfermo.

Y sigue pensando. Iván no sirve para estar triste. Su tristeza es ridícula, áspera; no cuadra con los rasgos risueños de su cara musculosa ni con sus grandes ojos cruzados siempre por reflejos de satisfacción. Hay mucho de grotesco en sus labios encogidos hacia un lado con amargura. Afortunadamente casi nunca se pone de aquel modo.

La tarde ha ido halando su astilla de sol.

La vivacidad que aleteó en los rostros se muere desangrada por las últimas palabras.

Los labios tornan a soldarse.

¡Si un poquito de viento se colara por la puerta y menease siquiera ese papel fugitivo en el suelo! Pero nada.

Sueño de las cosas.

Iván piensa.

Manuel tiene ganas de irse. Se encuentra embarazado por el silencio, un silencio tan comprimido, tan lleno de razón, que da miedo ahuecarlo con una frase trivial.

—Bueno, Iván, te dejo—dice rápidamente, deseoso de abandonar el cuarto lo antes posible.

Iván reclina de nuevo la cabeza en la almohada y se arropa hasta el cuello.

Le ha dicho a Manuel el gozo intenso que experimenta sorbiendo el entusiasmo de la multitud, el entusiasmo provocado por los demás, pero no le ha dicho lo que ocurre a todo su sér cuando ese entusiasmo lo

provoca él mismo. ¡Ah! Entonces siente como si una corriente eléctrica de alta tensión le culebrease por el cuerpo iluminándole la piel. Sus compañeros del circo no comprenden aquello. Trabajan por necesidad, porque el trabajo les produce dinero. Los aplausos halagan sus muchas vanidades; por eso se alegran; y nada más. En cambio él, ¡cómo bebe ese líquido espumoso de la risa!

Ha desaparecido las astilla de sol.

Ahora las sombras comienzan a reunirse en los rincones y a trepar por las paredes chupándose la poca claridad.

Es más ruidoso el pulso del ambiente.

Un brazo estirado hacia el switch raya de blanco el aire negro.

Todo se viste con luz amarilla.

El enfermo hunde la cara entre las manos y las manos en la almohada. Se imagina estar con sus compañeros comentando el espectáculo de la noche. Alguno apunta una frase pesimista y él le da rodeos hasta convertirla en promesa de felicidad. Otro lamenta una falta y él le demuestra con razones poderosas lo correcto de su proceder. Luego, en la mesa, entre bocado y bocado, Henrick habla de la fiereza de sus leones intercalando exclamaciones extranjeras; y Kity dice que su caballo blanco es de pura raza árabe y que un mono se atrevió a robarle el creyón de los ojos; y Manuel calla porque siempre está con la boca llena. Después, caminando despacio para no interrumpir la digestión y balanceando su maletín de pintura, se va al circo, donde los porteros le dan paso sonriendo li-

geramente. Ya en el camerino saca varios trajes de payaso, examinándolos con mucho interés y calculando cuál de ellos estará más de acuerdo con el numero preparado. Desde allí escucha los primeros aplausos...

—¡Padre!

Iván voltea con rapidez dando un pequeño salto en la cama.

—¡Ah, eres tú!—dice, tranquilizando su expresión sorprendida por la palabra brusca;—no vi cuando entraste.

—Es natural. Mirabas hacia el techo.

—Sinembargo, no lo veía...

Callan.

—¿Cómo sigues, padre?

—El médico ha dicho que no hay peligro. Reposo. Dieta. Dos o tres días en cama—repite maquinalmente.

Y ve a su hijo con fijeza. Es extraño. Viene risueño, haciendo a cada rato gestos de contento. Le choca tan sereno regocijo. Busca en sus recuerdos las veces que así lo vió. Son pocas, muy pocas. Y balbuce pasándose la mano por el mentón:

—Hace calor.

Si. Indudablemente. Su hijo no sirve para estar alegre. Las líneas débiles de su rostro delgado no se amoldan a la alegría.

¿Por qué se encuentra metido este muchacho torvo en una careta que le queda tan mal? ¿Cuál es el motivo de que presente semejante aspecto de imbecilidad? Se lo preguntará. Es necesario enterarse...

—Oye... Tú estás alegre...

—Mucho, padre.

—¿Y por qué?

Se lo queda mirando con desconfianza.

—¿No lo adivina?

—No.

—Sinembargo, debía adivinarlo...

Las palabras son largas, lentas.

Iván insiste más inquieto:

—No te comprendo.

La tristeza llega al rostro del hijo y después se va extendiendo por todo el cuerpo aprisionándole el gesto.

Y habla con ligereza, suavemente, como desenrrollando una cinta:

—Padre... Estoy alegre porque usted no trabaja esta noche, porque nadie se reirá de usted. Varias veces me ha preguntado por qué me la paso triste y por qué le huyo a la gente. Yo no quería decírselo. Ahora no me importa... Desde que me dí cuenta que usted era un payaso no he tenido un momento de alegría... Y le huyo a la gente porque me da pena ser...

—Termina—susurra Iván con voz pausada.—Te da pena ser el hijo de un payaso.

Y cierra los ojos. Su frente se peina de arrugas lentas. Le parece que una mano gruesa y velluda se le ha introducido por la garganta triturándole el corazón. Su pensamiento ancho y maciso se encoge entumecido, miedoso de distenderse, acorralado por una lluvia tan fría...

El muchacho inclina la cabeza sobre el pecho hundido y palpitante:

—Si usted necesitase hacerlo para vivir... estaría bien.

Iván no escucha nada. Da calor a su pensamiento acunándolo en el pasado. Mira los relieves de sus recuerdos y los encuentra lindos, muy lindos y muy sabrosos, para impedir, con una vida nueva, que continúen acumulándose. Abre los ojos, y están empañados de rebeldía.

Angustia.

Inquietud.

Sienten como si la luz fuera de oro y los aplastara. Dando una vuelta al switch la sombra sería de plomo.

El muchacho se para y mete la vista por el postigo. Después, con calma, vuelve a su puesto.

—Es de noche, padre.

—Sí, es de noche.

El aire pesa demasiado. Hay que respirarlo con fuerza.

—Hijo, ¿la noche está obscura?

—No, padre, la noche está bonita.

¡Si alguien entrara! ¡Si un cuadro se desprendiese de la pared haciendo mucho ruido al quebrarse! ¡Si el viento apuñetease las ventanas! ¡Si los hombres fueran de vidrio!

—La noche es más bonita en el campo.

Angustia.

Silencio.

ASTILLA

Se habían refugiado en un bosquecillo donde la noche se hacía más intensa, guardándolos en un aislamiento absoluto; tánto, que la poca claridad caída sobre el llano sólo alcanzaba a palpar las ramas empujadas hacia el espacio abierto, y la brisa tibia, detenida en su curiosidad horizontal, tendía en sus orillas la tierra menudita y las briznas de hierba conque llenó su cuerpo al arrastrarse.

Estaban cansados. Sus fuerzas dieron cuanto se les exigió; tal vez más. Estaban cansados y estaban tristes. La refriega les fué desfavorable. De nada valió atravesar el río con el fusil en la boca, rayándose los dientes y oxidándose la lengua; ni aquella carga compacta en que los ojos se les salían por el cañón negro en un ímpetu colorado de exterminio.

Ahora, echados sobre las hojas secas, húmedas las vestiduras en jirones, ocultos en aquel regazo tupido, se entregaban al reposo esperado hacía mucho tiempo, a la inmovilidad total que es lecho blando para los músculos inertes por las tensiones pasadas, al silencio veteado de respiraciones amplias y ténue ruido

de lagartijo al cambiar de sitio, a ese silencio que para los nervios chamuscados en las detonaciones es una esponja empapada en agua fría.

Había logrado escapar la mayor parte. Algunos prisioneros, bastantes muertos; eso era todo. ¡No, todo no! Si hubieran ganado aquella escaramuza estarían muy cerca del pueblo donde se alojaba El con su estado mayor. La noticia del triunfo sobre un ejército completo le habría impresionado agradablemente, poniéndole orgulloso de ellos. Quizás les hubiera regalado ropa buena, y les hubiera hablado con aquella voz tan delgada y tan ancha que estallaba en los corazones.

Las ideas amargas fueron brutalmente pisoteadas por el sueño que les pegaba los párpados en una cópula engendradora mañana de una mente sin sombras y un pensamiento ágil.

Unos con el sombrero de cogollo tirado en la cara y las piernas juntas y encogidas; otros acostados como cayeron, en posiciones absurdas para quienes no sintiesen aquel fardo nudoso del cansancio que se les recostaba en las espaldas, en el tórax, en el alma. Y todos dormían. Hasta el centinela, apoyado en un tronco carcomido.

Mas en uno el sueño de hierro cedía al peso de un recuerdo tenaz.

En la mañana de ese día, cuando la pelea se engarzó en lo bestial, cuando los cartuchos agotados hicieron cabalgar a la muerte en el lomo de las bayonetas y los hombres botaban a chorros los crepúsculos, él se había rezagado para quitarle el sable a un oficial caído. El coronel, su coronel, a quien admiraba por ser

tan macho a pesar de su flacura rayana en línea, le propinó cuatro cintarazos y lo llamó COBARDE; a él que siempre iba adelante y cuyas cicatrices eran costurones en el lienzo extendido de su agresividad; COBARDE, a él que hombre a hombre se fajaba con cualquiera sin mirarle el tamaño, ni siquiera las manos que a menudo quebraban reflejos ásperos. COBARDE; y la palabra cortante, piloteando su imaginación, lo amarraba con sus siete letras al retazo de suelo que también la oyó.

Con la nuca apoyada en la culata del fusil miraba hacia arriba, donde, por en medio de las hojas negras e inmóviles, estampada en un triángulo irregular de cielo, se asomaba una estrella. Se puso a verla y le contó siete puntas. Le pareció que la palabra era una estrella que le había caído en el pecho, perforándoselo con sus siete puntas como siete puñaladas, y que adentro le daba vueltas, iluminándole con luz de odio y desgarrándole las entrañas.

Lo mataría. ¡Vaya si lo mataría! A él nadie había logrado pisarle siquiera la alpargata sin haberse ido con una marca en cualquier parte. Por cosas menores dió saltos su machete conuquero.

¡Y todo por meterse a aquello! El se hubiera escondido como tantos otros al pasar la recluta. Pero tuvo pena de que lo llamaran cobarde, de que le dijeran esa palabra tan carrasposa que ahora daba empujones a los latidos de su sangre. Además, la frases del generalito catire, aquellas frases que no entendió, pero que venían envueltas en algo duro y suave, y que se le metieron muy hondo, tal una piedra en un charco,

levantándole en el rostro arrugas de emoción. Si no hubiera sido por el generalito él se hubiera escapado y luego escondido donde nadie lo viera. "La Patria está oprimida, luchemos por la Patria", gritaba el generalito, rojo de entusiasmo. ¿Y qué era la Patria? "Venezuela", le decían. Y él gritaba mentalmente: Venezuela, Venezuela, ¿y qué es Venezuela? Una inmensa cantidad de terreno. ¿Y por qué he de sacrificarme por eso? "Porque en ESO naciste", le soplaba alguien dentro. ¿Y si úno nace en un pajonal debe quererlo hasta ofrecerle la vida? "No... si...", y la voz interna no encontraba qué responder. ¡No, no era por ser venezolano de nacimiento que quería a Venezuela! ¡No! Era por ser venezolano de otra manera. Había otra cosa, otra cosa muy bella y muy enorme que no estaba al alcance de su cabeza.

Y, ¿quién oprimía a la Patria? "Los españoles", le dijeron una vez que lo preguntó. Pero, ¿si había españoles luchando a favor de la Patria y venezolanos contra la Patria?

El no comprendía nada, él era muy bruto para comprender eso, aunque si se daba cuenta que debía ser algo muy grande, pues lograba sumbar a la guerra al generalito aquel que hablaba tan sabroso y a otros también inteligentes.

¡Sí, la Patria tenía la culpa de que lo hubiesen llamado cobarde! Exponía su vida por ella y sinembargo el maldito coronel que los mandaba le había triturado su orgullo...

Pero se vengaría, ¡claro que se vengaría! ¿Mañana? No, ahora mismo, ahora, cuando todos esta-

ban más allá de Venezuela, más allá del mundo que debía ser más grande que Venezuela pues cabía otra tierra llamada España.

El coronel dormía acurrucado bajo un bejucal que formaba una cueva.

El soldado, lentamente, haciendo lo posible para que no crujiesen las hojas a su paso, se fué acercando. Acercando.

Apretó con su mano ruda el puño encabullado del cuchillo y lo desprendió de la vaina, despacito, hasta percibir con claridad el chirriar mudo y arenoso como de un clavo rayando una piedra. Ya estaba afuera. Sólo tenía que levantarlo más atrás de sus hombros y dejarlo caer junto con su brazo y con su odio.

¡Pobrecito el coronel! Ahora no se le inflarían las venas de la garganta por sus gritos afilados, ahora se le inflarían con la sangre que le iba a vaciar adentro aquella hoja potente y mohosa. ¡Pobrecito el coronel! Ahora no podría darse el gusto de llamarlo cobarde, ni de cogerse caballos blancos del enemigo, ni de bailar joropos con muchachas bonitas olorosas a guayaba sabanera, ni de sacar del hueco de la guitarra aquellos tonos tan estirados, ni de azuzarlos como perros rabiosos a que pelearan... ¡ni de azuzarlos como perros rabiosos! ¡Caramba! El coronel logró impedir la desbandada salvándolos de caer prisioneros. Cuando desfallecían en la pelea el coronel les daba nuevos bríos con sus exclamaciones alegres y robustas. El coronel, siendo tan flaquito, infundía miedo y respeto al tirar sablazos y al tirar órdenes. Sin el coronel, aquel puño de hombres curtidos de guerra no hubiera

ganado en el caño, ni a la orilla del cerro, ni allá, junto al rancho de ña Tomasa. ¡Y al día siguiente tendrían que verse con el enemigo acampado en el extremo de la sabana! Sin el coronel la perderían; de eso estaba seguro. Ellos eran guapos, muy guapos, pero necesitaban alguien que fuera adelante, alguien que los mandara a hacer; ¡y ellos harían! Pero bien, ¿y qué le importaba a él lo del día siguiente? El coronel lo había humillado y su deber era matarlo. ¡Si, su deber era matarlo! Mas, si cumplía ese deber faltaba a otro, faltaba a la Patria, pues matar al coronel era lo mismo que perder la batalla próxima. ¡Otra vez la Patria! ¡Maldita sea la Patria! ¿Y para eso se había llegado hasta allí, escurriéndose entre los árboles y temiéndole al centinela como si fuera un español? ¿Y su orgullo no protestaría?

¡No, no protestaba! Porque su orgullo se había diluído en el orgullo de la Patria. El ya no era un hombre, era un soldado, una fracción que antes de sí tenía que defender al TODO, una astilla vertical de la honra destrozada de la Patria.

Sus músculos redondos se aflojaron. El cuchillo tornó a la vaina.

¡Por hoy se salvaba el coronel! Porque era necesario a la Patria. ¡A la maldita Patria! Pero después de la batalla sería distinto. Después de la batalla lo mataría como a un español, ¡con más rabia que a un español!

¡Vaya si lo mataría!

EL CIRCULO

(Cosa humana vista desde ángulos hipersensibles)

La sobriedad pomposa de la oficina hizo anillos del tedio y se los metió al hombre en todo el cuerpo. Los anillos fueron apretando y el hombre tuvo que quitárselos saliendo a la calle surtida de gente y veteada de ruidos que a veces se acuestan patinando sobre el macadam y otras rebotan en las paredes acuchillándose en la página de alambres tensos.

Por entre el rollo compacto de actividad el hombre camina en una lentitud picoteada de movimientos inacordes. Es que busca en el diccionario de su PRESENTE la frase HOY DEBO HACER y un ventarrón áspero de cosas concluídas contorsiona y voltea las hojas iluminando la frase AYER HICE.

Camina con paso angosto y cansado. Cansado... Es el alma, que al desnudarse, le tiende las ropas en las piernas.

A cada momento el roce de sus brazos con otros brazos engendra la chispa de un segundo de rencor.

Los automóviles gritan su potencia y los gritos forman ecos en las curvas. Los timbrazos musicalizan los gritos.

Las sonrisas se hinchan al saludar y luego se destiñen aburridas de cortesía.

¡Pobrecito el perro que mira a todos lados sin encontrar el amo!

Dos muchachas entablan un duelo de colores. Vencen los labios más chiquitos que son los más grandes.

Una vieja tiene los ojos amarrados al suelo.

Hay en la esquina una evaporación de voces:

—¡Perdón!

—¡Hola qué tal!

—¡Qué hubo!

—Mañana nos veremos.

—¡Preciosa!

—Al cinco por ciento no me conviene.

—¡Que va, oh!

—¡No, chico, eso es mentira!

—¡Que rodillas tan lindas!

—El león de la Metro-Goldwin.

Las palabras se ensartan en la gasa tupida de la inatención tropezándole las ideas. El pensamiento afilado y único, y la canícula recostándole en el cerebro su dorso de algodón , le hacen odiar la multitud.

Y la brújula de sus pasos busca el NORTE hacia el sur.

Poco a poco sus brazos dejan de rozar.

Poco a poco.

La acera se extiende como una inmensa ceja invertida.

El hombre se agarra de la distancia y da un fuerte empujón a sus piernas.

Ahora la acera se extiende recta como una interjección.

La canícula se apodera del ambiente. Porque la tarde no respira. Sus pulmones de tras los cerros—que dibujan ondas como un lazo ágilmente desenvuelto,—se han aburrido de tanto menear árboles.

Y el hombre, persiguiendo el espacio de la quietud, pronto se hace mástil de la fragata del puente, estirado y blanco. Blanco.

A ratos el silencio se fragmenta al puntazo de un gorjeo veloz. Es cuando en la epidermis tibia de la soledad pone un pájaro su inyección de color.

El puente ha quedado lejos. Todo es Naturaleza.

—Cincuenta años y ya completé mi círculo.

Las palabras se bañan en el paisaje verde.

El hombre chupa hechos del pasado. Diez años, el primer deseo imperativo: una bicicleta; quince años: una mujer; treinta: un hijo; cuarenta: un millón.

UNA BICICLETA, UNA MUJER, UN HIJO y UN MILLON: los cuatro arcos azules del círculo de su vida.

—Completé mi círculo. He vivido mi círculo. El fin del hombre es alargar el pequeño arco formado en la inconsciencia de la niñez hasta hacerlo círculo. Casi todos se quedan en arco; unos, a su pesar; otros, porque queriendo hacer un círculo más grande,ensanchan el arco alejando los extremos. Y los que llegan al círculo y desean seguir viviendo, los repelidos por el mundo, tienen que resignarse a la tangente, a la recta aislada, a la recta que se extiende más y más, sin meta, a la recta infinita, estúpida, cobarde.

La mirada del hombre salta a la derecha, donde el mugido de un buey, doblado de tarea, perfuma el arado. Luego se desliza por la talanquera de arbustos entretejidos y se moja en la hierba fresca.

—Si ya hice mi círculo, ¿qué objeto tiene mi vida? Yo no puedo consolarme a resbalar sobre la recta trazada por el miedo a la muerte. ¡Morir! ¡Morir! El buril de mi actividad grabó mi círculo. Ahora quiere hacer constar el nombre de su autor en la plancha de una tumba. ¡Si, debo morir, es la rúbrica de mi obra!

Las palabras se peinan en sus labios.

—¡Pero. . . !

Y una idea se lava en el agua obscura del miedo a la muerte, y hermosa y brillante, se frota en las pantorrillas del cerebro esperando acurrucada el regazo tibio. El cerebro se deja seducir por la idea mimosa y con manos de madre la toma y la acaricia:

—¿Acaso no puedo empezar otro círculo? ¡Soy joven todavía!

La esperanza gira vertiginosamente; desgasta en la velocidad sus alas grandes, blancas y pesadas, y, convertida en ilusión, ágil, liviana, distiende sus músculos libres:

—Mañana empezaré otro círculo. Mañana. . .

Y la palabra, como un horizonte accesible, saca una instantánea de recuerdos:

tenía nueve años. Una tarde, como si trabajara en su destino, trabajó en un papagallo, poniéndole veradas fuertes y papel de tintes firmes. Y frente a su casa, mientras se desarrollaba la cabulla y los colores

ascendiendo humillaban el aire pálido, la alegría no cesaba de propinarle recios abanicazos. Luego, cuando hastiado de jugar bajaba el papagallo, se le enredó en los alambres de la luz; rompió la cabulla y se fué; no valía la pena molestarse por el instrumento que, si bien le había formado un círculo de placer, ahora le era del todo inútil. A las pocas semanas tuvo otra vez deseos de montar un papagallo. Salió a la calle, subió por el poste y desprendió la armadura, resto de la intemperie que cepilla, destruye y agrieta. De nuevo la arropó con papeles vistosos y también de nuevo se sintió encandilado ante un papagallo juvenil y robusto. Y cuando ya en el aire quiso darle los primeros giros y volteretas, un sonido seco corrió por la cabulla, se le escondió en el hueco de la mano y le rastreó por la cara: la lluvia y el sol habían podrido las veradas y los golpes de viento las habían quebrado.

—¡Vida, intemperie. . . !

El hombre ya no camina. Quiere pensar y su pensamiento es un ave de humo que desintegra la emoción. Siente que en todo el cuerpo se le clavan astillitas de hielo. Sonríe para demostrarse que no tiene miedo y la sonrisa es un puñado de avispas que se echa encima.

Haciendo un esfuerzo desesperado destrenza el nudo que paraliza sus piernas y camina.

Camina. . . CON LA IDEA DE FRACASO DESNIVELANDO SU TOTALIDAD.—CON LA IDEA DE TRIUNFO DESCOLGANDOSE HASTA SUS PIERNAS.

Sus huellas crean círculos, y círculos, y círculos, en la tierra húmeda.

Es que los recuerdos se guindan en su alma como una armadura de papagallo en los alambres de la luz.

HOMBRE Y MAR

Viene de un país cualquiera, y en sus ojos pequeñitos se acunan las auroras que murieron de frío, la lluvia que mató a las auroras encarcelando al sol, la brisa que lloró a las auroras y al sol, y los gritos del mar cuando la proa del buque le partía el pecho.

Llega al pueblecito con su pipa negra y su piel tostada. Trae un cargamento escondido más allá del tórax o del cráneo.

Baja a tierra en una mañana de cielo limpio.

Mira los contornos áridos.

El sol se hace trozos en los filos de las casuchas. Muchos hombres remiendan sus viejas redes y muchos otros extraen del agua inquieta sus cayucos plateados de sardinas. El suelo reverbera. El viento rápido y constante adhiere las faldas sucias a las pantorrillas gruesas de las mujeres.

En aquel pueblecito sereno repondrá sus fuerzas. Los ahorros que cuidadosamente guarda en su bolsa de cuero le suministrarán lo necesario para vivir unos meses sin magullarse las manos con los mecates rudos, sin magullarse el amor propio con la voz cáustica y des-

pótica del Capitán. ¡El Capitán! Se creía el Dios de la balandra. Nadie tenía derecho a hablar cuando él hablaba. Con su cuerpo bestialmente robusto y su alma rayada de inclemencia nadie era capaz de atravesar una objeción a sus palabras. Sus órdenes se ejecutaban con perfecta exactitud para no despeñar su cólera. Temblaban cuando en su rostro peludo—un hueso ovalado cubierto de hormigas,—las mandíbulas, apretándose, hacían brotar los músculos. Y cuando reía, el miedo se transformaba en terror, tal eran los sonidos agudos y nasales que se le escurrían por los dientes separados y negruscos. Mas el supremo ascendiente sobre ellos lo obtuvo en su lucha formidable con aquel marinero inglés de pelo amarillo y contextura de ballenato que desde años atrás pulsaba el timón de la "Santa Clara". Bien se retrataba en su memoria: la noche cerrada y negra; el inglés se había dormido en el timón y la balandra extraviaba su ruta; el capitán le sacudió un manotazo en la espalda; el inglés, confiado en el poder de sus brazos y latigueado por la furia, escupió una palabra insultante, mientras su puño trazaba una recta veloz; se enredaron en el suelo jadeando y emitiendo gritos rugosos; ellos no se atrevían a interceder y se arremolinaban en las bordas sintiendo como si un hilillo de agua helada fuese adelgazando el terrón compacto de sus corazones; después oyeron el rugido afilado del capitán viéndole alzar un pedazo de hierro que dejó caer junto con su cuerpo... Bien se retrataba en su memoria: el mar clarineó el eco rumiando espuma... ¡El Capitán! Creería seguirle dominando, sin pensar en los nueve años salpicándole palabras

asquerosas, en los nueve años traído y llevado por la brisa de su voluntad vertical. Y al fin tuvo el valor de abandonarle. ¡Al fin! Nunca volvería al mar.

—¡Nunca!. ¡Nunca!

Y su voz hecha sonidos que se alargan y se esponjan en la callejuela estrecha, le abre un surco por donde ha de caminar en adelante: nunca volver al mar.

***

El horizonte de metal sostiene un crepúsculo enérgico.

—Mujer, miras demasiado el mar...

La mujer se vuelve hacia el sacerdote rajando la tristeza de su rostro con una sonrisa corta, aislada, que no puede extenderse a las mejillas morenas curtidas de sol ni a los ojos castaños pintados de resignación.

—Qué quiere usted, padre...

—Que te avispes, mujer. No es cosa de llorar la partida de un hijo a su trabajo. Volverá, volverá, y te llenará de besos esa cara triste. No tienes por qué llorarlo. Ya es un hombre.

—Un muchacho, padre. Sólo quince años.

El sacerdote la mira con ternura. Tiempo hace que vegeta en aquel pueblucho anónimo y todas las tribulaciones de sus feligreses le son familiares. Siempre alguien lamenta una partida y siempre él deja rodar su consuelo sobre la melancolía húmeda. ¡Pobre gente! Los hombres en una eterna lucha con el mar, equilibrándose en los cayucos cuando un halón prensa el cordel, y aguantando, indiferentes, las veleidades de la intemperie; o, más felices, amarrados a la suerte de al-

guna goleta embreada de rudeza, perforando las tormentas con la quilla del barco y con la quilla de sus espíritus endurecidos por el frote con la realidad desnuda. La mujeres: cimbradas en la batea de lavado, en el fogón... Bien lo comprendía; en gente así la idea de un Dios omnipotente y bueno era imposible que se adentrase lo necesario para convertirse en fe. Sinembargo, casi todos iban a misa y contribuían al sostenimiento de la iglesia, no empujados por la religiosidad, sino considerándolo algo indispensable en sus vidas, como el ponerse los domingos ropa limpia.

—Si te duele tanto su partida, ¿por qué no la impediste?

La mujer ve al sacerdote con extrañeza:

—¿Y lo pregunta usted, padre? ¿No sabe que aquí los muchachos al sentirse hombres ven el empleo en un barco como la mayor felicidad? ¿No ve que con ello se libran de la pesca? Y a mi muchacho se le presentó una ocasión inmejorable. La "Santa Clara necesitaba un marinero para sustituir al que ayer se quedó en tierra. Muchos se pelearon el puesto, pero mi muchacho más fuerte y más ligero gustó más al capitán. Yo me opuse a que se fuera, pues según he oído el capitán es un hombre malo.

—¿Te lo dijo el marinero?

—No, padre, no. Ese hombre parece que no tuviera boca. A todas mis preguntas contestó extendiendo la mano derecha y ladeándola con lentitud, como teniendo miedo de aflojar una palabra.

—El tiempo dirá. Hasta mañana, hija mía.

—Hasta mañana, padre.

La figura rechoncha del sacerdote se va alejando pausadamente poniendo un borrón en el paisajito gris.

La tarde se echa en el mar derramando sombras.

Un pájaro ensarta un sonido en el espacio rígido y temeroso de su audacia va a clavarse en la serenidad tortuosa del occidente.

Brotan chispas luminosas de las casuchas turbias.

***

Las campanas de la iglesia cubren de júbilo sonoro al pueblecito endomingado.

La mañana se pone un sombrero azul con una que otra manchita blanca.

Todos se dirigen a la iglesia donde el señor cura tiene preparado un mazo de bendiciones que repartirá equitativamente.

Sólo un hombre contraría el camino de todos, y con su pipa negra y su piel tostada desciende a la playa tranquila.

La alegría menea sus ojos pequeñitos que han expulsado el decaimiento con que hace seis meses bajaron a tierra. Quiere robarse toda la brisa marina con sus narices anchas, y su pecho robusto se infla y desinfla a medida que anda con paso lento orilleando las piedras diminutas.

Ahora si es un hombre feliz, completamente feliz. Aquel regazo de tierra caliente apelmazado de hombres fuertes recogió su espíritu lleno de cicatrices y lo cepilló suavemente con la paz de su montaña empinada, de sus ranchos recostados los unos sobre los otros, y de su mar punteado de cayucos, dejándolo tierno y sano

como un sexo nuevo. Al principio la hostilidad hacia el forastero asomó su hocico baboso, viéndose tirado en el aislamiento, pero su carácter de fronteras abordables y su buena intención para con todos cavaron un hueco en las almas donde pudo meterse sin mayores empujes. Se le exigió la trayectoria de su vida y él la dibujó complacido marcando los puntos en relieve. Se le pidieron historias henchidas de noche y tristeza, y él habló de los puertos del trópico inquietos de cosmopolitismo, y relató algunas cosas románticas de los novios con sangre de sol y de los novios con sangre de luna cuando los adioses se destiñen en los ojos planos de las novias. Sus palabras desgastaron la capa de desconfianza tendida en su camino y así pudo andar sin hincarse los pies hacia una meta que no veía muy clara, que se arrebujaba en la bruma espesa de lo desconocido, pero que debía ser la meta de la calma. Sus pocas monedas le bastaron para montar una pulpería pequeña, donde nunca faltaban diez o doce botellas de ron, dientes fatales en las bocas roídas de tiempo de las armaduras. Si no extraía grandes utilidades al menos sacaba lo suficiente para vivir. Un día notó que sus ganancias podrían mantener a dos y que necesitaba una mujer que cuidase de su ropa y su comida, y a quien pudiese transmitir sus quejas o sus esperanzas. No era tarea difícil encontrarla. Su posición muy superior a la de aquellos simples pescadores trenzados al destino de un anzuelo le permitía el lujo de escoger. No se creía joven, mas tampoco sentíase viejo. Así fué que una tarde recibió las palabras solemnes del sacerdote mientras sus manos gordas apretaban otras manos chiquitas y su pecho duro

permanecía levantado sobre una bola de emoción. Al fin había logrado ligarse definitivamente al pueblecito sereno. Los nudos del negocio y la mujer lo pegaban a la tierra. Se cumplían sus enormes ansias de abandonar el eterno flotamiento, de pisar en adelante un sitio firme, independiente de la brisa siempre caprichosa y del temporal siempre inoportuno... La tierra es franca. La tierra es buena. La tierra es valiente. A quien le raja el extenso pecho horizontal con la cuchilla de una yunta y se lo clavetea de granos, le devuelve frutos cotizables. A quienes se confían en su estatismo y plantan ranchos, les brinda la serenidad de lo inamovible. La tierra no tiembla cuando el cielo se le sumba encima con los estiletes de su lluvia, ni cuando el mar se encabrita pateándole furiosamente la playa. Se quedaría en la tierra buena, en la tierra valiente, en la tierra franca. Sus hijos crecerían casados con la tierra y morirían en ella. Desde pequeños les haría odiar el océano contándoles tragedias espantosas de capitanes bestialmente robustos que asesinan a los timoneles echándoles al agua y trituran los corazones de los marinos con palabras como puñetazos. "Nunca volver al mar", dijo la mañana en que desembarcó. Y ahora repetía: nunca volver al mar.

El sol se aplasta en la pausa tibia del pueblucho.

***

—¡"La Santa Clara", la "Santa Clara"!

—¡No, esa es la "San Antonio"!

—No, mujer, la "Santa Clara". Fíjate como pasa cerca del morro sin miedo a las escolleras. Es

la única balandra que por llegar más ligero no da el rodeo de las otras.

—Y viene a toda vela.

—Como siempre.

La "Santa Clara" crece con rapidez inflada por la distancia muerta, deteniendo su bamboleo cansino a unos cien metros de la playa.

—¡La "Santa Clara", la "Santa Clara"!

El grito, desflorando los labios de las mujeres, corre por las callejuelas deformes, penetra en las casitas chatas y va a guindarse en los rostros, pintando alegría en todos y dolor en uno; ese feto de dolor, raro, ténue, sin consistencia, diluído en el brochazo de un presentimiento.

La gente acude presurosa.

—Mira, ya bajan al bote. Ahorita los tenemos aquí.

Y es el bote un animalito de muchos pies andando cansadamente por una página gris.

—Ese, ese es el capitán. Viene sentado en la proa. ¿Y aquél no es tu muchacho? ¿El de sombrero caído?

—No.

—Pero, ¿qué te pasa, mujer?

Los marineros brincan a tierra con los pantalones remangados, y extraños al capitán que conversa con gestos detonantes a un grupo numeroso, se envuelven en el humo acre de una pipa negra, musitando levemente:

—Uno más.

—¿Quién?

—El que te reemplazó.

—¿Cómo?

—Estrangulado.

La voz del capitán hace cabriolas, tornándose redonda, amplia, negra, rebotando en el aire; a veces afilada, áspera, clavándose aquí y allá como una punta de alfiler.

—¿Y de quién es la culpa? Del mar, nada más que del mar. Tenía hambre, enfermó a uno, lo mató y se lo tragó. Eso es todo. Así como el muchacho ha podido ser otro cualquiera. Cuestión de suerte.

Sus manos callosas, agitándose con lentitud, cubren las frases de indiferencia. Alza la cabeza y mira a su alrededor, echando las cejas tupidas sobre sus ojos agudos.

—¿No habrá alguien que desee ocupar el puesto vacante?

Silencio.

—Buen sueldo. Excelente oportunidad para abandonar la pesca... ¿Qué? ¿Tienen miedo por lo del muchacho? De cualquier manera han de morir. La escarlatina pega tanto en la tierra como en el mar...

Y ríe largo...

Luego, volteándose hacia sus compañeros, grita fuerte:

—¡Eh!... ¡Tú!... ¡Si, tú, el de la pipa!... Acércate.

Viéndole de arriba a abajo, ríe de nuevo.

—¿Ni siquiera saludas a tu capitán? Ingrato... Dame acá esa mano. Eso es... Así... Como dos viejos amigos... ¡Aprieta duro, hombre!... Eso es... Eso es... ¿Sabes lo del muchacho?... Murió. Pobrecito. La escarlatina que no perdona... ¿Eh?...

¿Y tú?... ¿Qué tal?... Te veo fornido, saludable. Supongo que hayas descansado lo bastante para que vuelvas a tu puesto. ¿Eh? ¿Arrugas la cara? ¡Es posible!... ¿Quiere decir que no me acompañarás? ¿Eh?... ¡Vaya, hombre, vaya!... ¿También tú le temes a la escarlatina? ¡No lo creo! ¡Vamos, hombre, decídete!... ¿No? ¡Que se va a hacer! Sinembargo, por si acaso cambias de opinión, zarpamos esta noche a las nueve... Eso es... Tú verás... ¡Muchachos!... ¡¡Eeh!!... ¡Vengan! Hacia el botiquín de Don Pancho... Dejemos a este hombre solo, que tiene que pensar mucho... Eso es... Por aquí... Eso es.

Se alejan uniendo a las voces altas risas prolongadas.

¡Volver al mar... jamás! ¡Qué se pensaría el capitán! Seguramente que iba a dominarlo de nuevo con su presencia brutal. ¡A él! ¡Qué estúpido! Es verdad que antes le tenía más miedo cuando hablaba así, al parecer sin mandar, como si rogase, porque después venía lo terrible... ¡Más ahora no! Ahora encontrábase dispuesto a desafiar la ira de veinte capitanes. Sentíase altanero, soberbiamente altanero, sin temer a nadie, ¡a nadie! ¡Dios librara a quien quisiera sacarlo del pueblecito que le había dado la tranquilidad tanto tiempo soñada! Denunciaría los crímenes cometidos en la "Santa Clara" si no fuera por su negocio y su mujer. Era bueno ser prudente. ¡Pobrecitos sus antiguos compañeros! En la noche volverían a la balandra con los corazones oprimidos, esperando la muerte a cada paso. Pero había que ser egoísta.

¡Ellos que se las arreglaran como pudieran, que él permanecería en tierra! ¡Qué se pensaría el capitán!

***

En la noche tibia, el mar rasguea la playa con rudeza, extrayendo una música jadeante, que es un barullo ténue, sordo, rematado por golpes ámplios y elásticos como si puños de arena fuesen tirados al suelo; seguidos de una copla seca, de tamborileo rápido, monótona, que rueda sobre sí misma.

Esa canción extraña y eterna se ve acompasada por el chapoteo de unos remos, piernas de los marinos en las aguas hondas.

Un poco lejos, taladrando la obscuridad, un hombre adhiere sus ojos pequeñitos a la proa tambaleante de una balandra estancada, veteando el reducido cielo de su ambiente con breves nubecitas de humo, y traduciendo el lenguaje de los remos. Así, mientras caminan, siente que algo muy suyo camina tras ellos. Y cuando se detienen, siente que ese algo muy suyo ha echado a correr.

La balandra se menea con más fuerza y las velas son crucificadas en los mástiles.

La balandra se mete en el buche del viento.

Y él se queda en la tierra buena, en la tierra valiente, en la tierra franca.

¡Por qué se quedaría en la tierra!

El silencio lo rodea, lo envuelve, lo aprieta, y da gritos, gritos que lo aturden, lo enloquecen... Y él también se pone a gritar, a gritar duro... para enmudecer al silencio.

DARARI

Era un país de grandes llanuras. Era un país de altivas montañas. Era un país que hubiese servido de hebilla irregular al cinturón del mundo... Era un país de hombres color de cacao; de hombres erguidos a pesar del sol que los doblaba. Era un ingenuo país.

Sus ríos parecían al cielo, que a su gusto los engordaba o enflaquecía, hilillos de lluvia acostados; y a los pájaros de enormes alas, creadores de regazos en las cimas, grietas profundas usurpadoras de niebla.

Era un país donde se cosían en el espacio con largas agujas de madera, las rencillas siempre nobles que arropaban al orgullo del cacique y al hambre de la tribu.

Era un país añorante de una mano experta que sacase de sus entrañas aquellos robustos morochos, uno negro y otro dorado, con que lo preñó Naturaleza.

Era un ingenuo país.

Mas Tiempo es hábil enemigo de la ingenuidad. Por eso trajo de otros países multitud de hombres color de nube; de hombres erguidos a pesar de la conciencia que los doblaba.

Y las rencillas nobles se trocaron en ansias de fortuna, envueltas en la Cruz omnipotente y en el Clarín de la civilización.

Cruz y Clarín empezaron a morder la ingenuidad con sus dientes de acero y fuego.

Y en los árboles se iban extinguiendo las ramas delgadas, prestas a transformarse en agujas de madera. Los carcajs conocieron los olores de toda la flora tropical. Y los hombres color de cacao se iban extinguiendo con las ramas.

Los hombres color de nube percibieron abultado el vientre del país. ¡El niño debe ser hermoso!, fué el grito unánime.

El grito atravesó el océano. El grito engarzó con sus dedos luminosos la codicia del otro lado. La codicia vió un nuevo y virgen horizonte. Y el grito retornó con hombres también color de nube, pero luciendo en los ojos cuantos matices podría crear un muchacho jugando con creyones.

¡Y el niño era hermoso! Bien lo demostraron sus paticas gordezuelas que devolvieron con reflejos la galantería de la luz. Porque los hombres, malos parteros, sacaban al niño por los pies...

¡Afortunadamente no sabían que el parto era morocho...!

***

En el llano la raza color de nube se fué juntando a la raza color de cacao. Y surgió otra raza: color de tierra.

En las cumbres la raza color de nube permaneció intacta. En las cumbres era indigna la raza color de

cacao; sus hombres eran vistos como animales extrañamente dotados de razón.

Y la raza color de cacao tuvo que descender al llano. Pero en las cumbres dejaron dos representantes: un viejo cacique y su nieto Dararí.

***

Muchas lunas habían azogado los ojos de Dararí, cuando el viejo cacique consumió su última respiración.

Dararí siguió viviendo en las cumbres, aislado como antes, pero ya sin las palabras marciales del abuelo, agua fresca para la rama nudosa de su alma.

Los hombres color de nube despreciaban a Dararí. Y Dararí sentíase hoja en medio de un lago.

Una sola vez le latió en la cara una sonrisa, desdoblada por los labios gruesos de la hija del alcalde. En el pecho de Dararí hizo cabriolas una esperanza... que luego se acurrucó muerta de frío a las frases que le trajo el viento del comadreo: la hija del alcalde gustaba de Dararí, escondía admiración por su tórax potente y por sus miradas que penetraban como dientes de mujer en fruta madura, pero... Dararí pertenecía a una raza inferior, a una raza salvaje, a una raza arrodillada.

Y el viento del comadreo estremeció el corazón de Dararí, con ese estremecimiento casi imperceptible que escurre la ostra grande cuando recibe el chorro de limón.

Y Dararí pensó en lo que siempre le decía su abuelo, el viejo cacique: tú eres el más noble de este país, tu sangre es pura como brisa del norte...

Y Dararí llenó su pecho de aire, pero lentamente, muy lentamente...

***

Para los hombres color de nube el robo y el asesinato eran una consecuencia de la vida de conquista. El matar al enemigo era una obligación y el robarlo un deber. Lo que no se perdonaba era la traición. Por eso cuando la noticia resbaló por las cumbres todos los hombres se untaron de inquietud. ¡Un traidor a su Rey, un traidor a su Patria, se encontraba entre ellos! ¿Quién podría ser? ¿Acaso no se jactaban todos de una recia honorabilidad?

Las suposiciones intervinieron en las charlas. La desconfianza empezó a desatar nudos. Y primero las familias se aislaron; luego los hombres se huyeron; y por último: las esposas sospecharon de los maridos, las hermanas de los hermanos y los hijos de los padres.

Solo Dararí permaneció tranquilo. El ronquido hueco no espantaba su sueño. El traidor era color de nube.

La risa blasfemó de las cumbres. La alegría fué estrangulada por las manos velludas del asco.

Y en aquel escenario donde los actores se repelían, obedeciendo la orden enérgica del índice horizontal, convirtióse en astro uno, antes pateado por todos: Dararí.

Y Dararí sintió estallar en sus oídos con gran violencia la voz amplia del abuelo: tú eres el más noble de este país, tu sangre es pura como brisa del norte.

Y el orgullo le dió un abrazo fraternal erizándole los poros.

Ahora Dararí no está solo.

El orgullo camina a su lado lamiéndole las ideas y empañando sus miradas con el polvo finísimo de la vanidad.

En Dararí se ha hecho la síntesis de sus ascendientes ultrajados. Dararí es la resultante de su raza.

En las cumbres se envidia a Dararí. Los hombres que antes le desparramaban el escupitazo de su desprecio, ahora le buscan, le llaman, pero Dararí no atiende. Y si acaso alguien le sorprende en su retiro, Dararí le grita:

—¡No quiero tu amistad! ¡Tu padre, tu hermano o tú mismo puede ser el traidor!

Y mientras el hombre se aleja maldiciendo de su estirpe que le obliga a soportar horrible soledad por temor a ensuciarse amistando con el traidor, Dararí se baña en su sonrisa aguda, en su sonrisa que es la carcajada de su venganza.

A veces recuerda cómo se movieron aquellos labios gruesos de la hija del alcalde... Y su nueva posición en las cumbres, sobre todos, hace insistente el recuerdo.

Un día sintió que pecho adentro le daba aletazos una mariposa, oprimiéndole la garganta...

***

Rota la cuerda que la amarraba al tronco soberbio de su familia y fundido el plomo que se tendía sobre Dararí, la hija del alcalde dejó correr su pensamiento.

Entonces pudo enterarse que su admiración por el hombre fuerte habíase cambiado en amor, en amor de hembra y en amor de alma.

Y una noche se dió a caminar hacia una vivienda apartada y silenciosa.

Silenciosa siempre.

Faltábale poco para llegar, cuando observó en una orilla del camino huérfana de árboles, a un hombre que, apoyado el dorso en una piedra inmensa, contemplaba la inaudita claridad de las estrellas.

Se le acercó. El hombre apenas pudo amordazar una exclamación de júbilo.

—¡Dararí!

—¡La hija del alcalde!

La emoción trepó a los ojos de ambos. Y se miraron... Largo rato... El tiempo necesario para que dos exalaciones agrietasen el rastro de una nube en su fuga hacia el poniente.

Darari esperaba firme no sabía qué.

—¡Darari, te quiero, soy tuya!

Darari permaneció firme. Sinembargo...

—¡Te quiero, Darari!

Y ya Darari iba a responder con un beso, cuando en su cerebro rebotaron las frases que un día le trajo el viento del comadreo, las frases de ella: él pertenecía a una raza inferior, a una raza salvaje, a una raza arrodillada...

Por eso dijo:

—¡Y yo te desprecio! ¡Eres de la raza color de nube! ¡Por tus venas corre sangre de traición!

***

Darari bajó a los llanos y se unió a una mujer color de tierra.

Darari era la síntesis de sus ascendientes ultrajados. Darari era la resultante de su raza.

YAGUAZO

Un cornetazo ágil razgó el zumbar ténue de las conversaciones transeuntes.

—¡Cuidado, Yaguazo, que te mata!

Y el muchacho macilento juntó a sus palabras agudas un halón poderoso que tumbó a Yaguazo en la acera haciéndole caer la caja de limpiar zapatos.

—¡Caray, chico, un día de estos te van a recoger hecho papelillo!

Yaguazo permanecía con los labios entreabiertos mirando a todos lados en un gesto de espanto.

Los otros limpiabotas echados a lo largo de la baranda se acercaron curiosos formando un grupo compacto alrededor del compañero.

—Bueno pues, párate—dijo uno de piernas altas y tórax flaco—y vamos a disolvernos que interrumpimos el paso y ahorita viene el policía a formarnos un zaperoco. Acuérdense que trabajan en la Plaza Bolívar y que aquí hay que estar ojo-e-garza, sin periqueras. Figúrense si lo sabré yo. Tengo doce años pegado al corte. Doce años...

Escupió a un lado. Con las cejas fruncidas y la cara falsamente seria fué resbalando por el corrillo una mirada de superioridad:

—Yaguazo les puede contar. Mucho era el zapato que había pasado por mis manos cuando él llegó, ¡y de qué manera llegó, leva! Todo sucio, sin alpargatas, colgándole la ropa llena de serote, el pelo sobre las orejas. Yo le tuve que regalar un vestido.

—Regalarme no. Yo te lo pagué. Nueve reales muy completos.

—Claro. Si no me lo hubieras pagado te quito la caja. Guá, figúrense que el tercer día ya limpiaba más que nosotros, y a la semana dijo que eso de fumar colas es para los muertos de hambre, y al mes hacía hasta versos.

—Hago... Lo que pasa es que yo no se los enseño a ustedes porque no los van a comprender. Y no te creas, ¡yo soy un palo de poeta!

—¡Adiós, éste poeta! ¡Qué va negro!

Yaguazo se quedó un instante mudo, mordiendo la contestación agresiva en los labios apretados, y escudriñando el suelo.

—¿Qué fué chico?

—Caray, el frasco de bencina; ve a ver si está por ahí.

—¿El frasco de bencina? Guá, chico, ese bicho se espaturró.

—Qué broma...

—Sí, se espaturró—dijo colérico el de piernas flacas—¡Parece mentira que tú lamentes tanto un frasco de bencina! ¡Medio podrido!

—¡Si, lo lamento—gritó Yaguazo irguiéndose altanero—pero no es por el medio podrido. Tú bien sabes que yo gastaba hasta cinco bolos en la ruleta de animalitos. Y bastantes veces te presté tres y cuatro reales para que jugaras al tigre que te tenía como loco; y después me decías que deudas de juego es una cochinada cobrarlas. Y ahora mismo, cuántas veces te he brindado el Metropolitano y las tostadas. Lo que lamento es que en el papel del frasco estaban unos versos que escribí esta mañana.

—Guá, ¿y por qué no coges el papel que está enterito?

—No, déjalo ahí; ya no me interesa. Escribo unos nuevos. Para eso soy poeta...

Y con una sonrisa lenta y macisa tomó la caja echándosela al hombro. Dió un viraje a la cachucha listada que le desnudó la frente partida por un mechón de pelo. Extrajo un cigarro del bolsillo del pecho y se lo llevó a la boca con calma después de haberle dado vueltas entre sus dedos magros. Aspiró un poco de humo y lo fué soltando en pequeñas nubecitas mientras caminaba meneando el cuerpo con petulancia. Más allá se detuvo, y volteando hacia sus compañeros que lo miraban en actitud despreciativa, gruñó, acentuando las palabras:

—¡Pa que se enteren!

El de piernas flacas respiró con fuerza y sus ojos se clavetearon de luz.

—¡Cállate, desgraciado!—gritó.

Y ya se desprendía de la caja para irse sobre Yaguazo, cuando el muchacho macilento lo detuvo agarrándole por los hombros:

—No, leva, no le hagas nada. Ese no te aguanta un estornudo.

—Y entonces, ¿para qué busca pleito?

—Eso es, para qué busca pleito—afirmaron los otros.

—¿Pero ustedes no se han fijado? Está malo de la cabeza. Atontado, loco, qué se yo. Ustedes saben que nosotros vivimos en la pulpería de mi padrino y que tenemos un colchón para los dos. Bueno, cuando llegamos del Circo, en vez de acostarse, se pone a escribir, ¡y que versos! Así se la pasa hasta la una o una y media en que los ojos se le cierran de sueño. Mete los papeles en un cajón debajo del mostrador. El otro día me puse a leerlos. (Ustedes saben que yo sé leer). Aquello no se entiende; son unos garabatos. Otra cosa; yo me he fijado que a cada rato se está quejando de dolores: que si la garganta, que si la cabeza, que si las piernas. . .

Calló.

Silencio total.

Luego, alzando la vista:

—Y tiene varias llagas. . .

La frase brotó muy lenta. Demasiado lenta.

—Pobrecito—dijo uno.

—Pobrecito—repitió el de más allá.

—Pobrecito.

Había que separarse calladamente.

***

Bajo el alero de un botiquín, Yaguazo sentado en su caja, miraba el recorte de paisaje empañado de lluvia, y sus ojos pardos recogían todo el frío de la mañana. Mas no estaba triste.

El era un muchacho que se ganaba la vida con su trabajo; que en los días malos fumaba un cigarrillo en vez de almorzar, y en los días buenos, entrada la noche, daba muchas vueltas en cualquier autobús. Eso también lo hacían sus compañeros. Sinembargo, él era muy distinto a sus compañeros. Ellos siempre renegaban de su destino, sobre todo cuando un automóvil lujoso les avisaba con un cornetazo que la vida podía ser más bella, menos dura. Ellos miraban desconfiados a los ricos, y aún cuando se les favorecía dudaban si tras la mano que otorgaba el bién se escondía una intención dañina. Ellos odiaban a los poderosos; y los envidiaban; y discurrían a menudo sobre la dicha de poseer riquezas enormes. En cambio, a él todos le eran indiferentes, porque estaba conforme con su existencia. Dormía cuanto le pidiese el cuerpo; comía lo necesario, unas veces más que otras, pero comía; fumaba bastante y hacía versos.

Lo detuvo en sus reflexiones una voz clara:

—¡Eh, muchacho!

Volvió el rostro sereno y su pecho se amplió de alegría. Le era muy conocido aquel señor. En muchas ocasiones se le acercó cautelosamente, sentándose cerca de sus pies, para escucharle.

Había cesado de llover.

El sol se derramaba.

—Ten cuidado no vayas a mancharme la media.

—Despreocúpese, doctor.

Frotaba el zapato con los dedos, lentamente, aguantando al tiempo.

—Mira que me estás dejando sucio el talón.

—Despreocúpese, doctor.

Mientras sacaba lustre buscó en el número de sus producciones la de mayor efecto. "Dios", "El automóvil", "La araña"...

—No te afiances mucho con el cepillo.

—Despreocúpese, doctor.

—Caramba, chico, ¿no sabes decir otra cosa que "despreocúpese"?

¡Ya está!, pensó Yaguazo. Y torciendo la visera de la cachucha levantó el rostro tranquilo:

—Sé algo más, doctor.

—¿Qué dices?—interrogó el médico viendo una contestación altanera en las palabra serenas del muchacho.

—Nada, doctor, que sé unos versos.

La expresión severa del médico se cambió en extrañeza.

—Unos versos... Bueno, ¿y qué?

—Que los versos son míos—contestó Yaguazo golpeándose repetidas veces el pecho con la palma de la mano;—y quiero que usted los óiga.

—Bien, dílos—aprobó el médico con voz risueña donde temblaba una brizna de lástima.—¿Cómo se llaman?

—"La araña".

Y comenzó a recitar un conjunto de frases sin hilación en que a menudo resonaban palabras exóticas al

lenguaje habitual empleadas arbitrariamente. El entusiasmo le invadía el rostro dando a su voz una sonoridad hueca.

El médico lo miraba fijamente, escudriñando en su gesto de emoción algún indicio de locura. Aquello no podía ser el producto de un cerebro sano. Le notó en la cara ciertas vetas blanquecinas. Las orejas intensas que metían los ojos más adentro y varias arrugas apenas dibujadas le daban un singular aspecto de vejez. Presentíase, por sobre la ropa un tanto raída, la clavícula prominente rodeada sólo de la piel. Una sensación de debilidad fluía del cuerpo encogido sobre las piernas, que a veces se alzaban un poco para afirmar lo rotundo de alguna frase.

—¿Qué le parece, doctor?—abordó, terminando.

—¡Admirable, chico, admirable!—repuso con un entusiasmo falso que servía de cáscara a un sentimiento de lástima profunda.

—Están buenos, ¿verdad?

—Maravillosos, maravillosos! ¡Quién iba a creer que tú eras poeta!

Y luego, débilmente:

—Oye...

Se detuvo, cohibido, temeroso de que sus palabras extrajesen al muchacho de aquella ilusión inmensa y lo tirasen brutalmente en la realidad terrible.

—Si, doctor, ya vamos a terminar—balbuceó, creyendo que la intención del médico fué instarlo a continuar su trabajo.

Con alegría manejó de nuevo el cepillo y la crema. Sus manos delgadas se movían hábilmente dejando por donde pasaban un rastro brillante.

—Doctor, el otro pié.

El médico obedeció. Seguía mirándolo interesado. Aquél caso era curable.

Yaguazo trabajaba con esmero.

—Ya está—dijo, dando los últimos toques.

—Bien, toma—y le dió un bolívar.

—Oye, quisiera que mañana te llegases por casa. ¿Sabes la dirección?

—Sí, doctor.

Y mientras se perdía el médico trazando curvas para sortear los automóviles que le rozaban, Yaguazo, de pie en el umbral del botiquín, la mirada gruesa recorriendo la fila de limpiabotas recostados a la baranda de la plaza, saboreaba todavía las palabras que ratificaron la calidad de sus versos, "maravillosos, maravillosos", y una ráfaga de orgullo se le escondía en la actitud. Ya no podía dudarse, ¡él era un gran poeta!...

***

Fué a la clínica. Muchos hombres de vestir correcto esperaban en el corredor. Su llegada produjo un ambiente de extrañeza. A los ojos inquisidores del portero repuso que venía llamado por el doctor. Lo mandaron a sentarse y se colocó en un rincón, apenado de su cachucha oprimida entre las manos, y de su vestido de dril un poco sucio, y de sus alpargatas tan pobres. Mas a los varios minutos le alzó el espíritu la convicción del que es buscado por su capacidad intelectual

sobre aquellos otros que venían persiguiendo la curación de una dolencia física. Se irguió en la silla y no tuvo reparos en prender un cigarrillo.

Pronto salió el doctor precedido de un cliente.

—Usted, tenga la bondad—requirió, dirigiéndosele.

Le siguió con la cabeza alta, orgulloso de haber sido tratado de "usted" por primera vez en su vida. Los otros cambiaron miradas tenaces.

Se le hizo pasar a la sala, esmaltada en blanco, llena de aparatos brillantes.

El médico lo miró sonreído.

—A sus órdenes, doctor.

Y esperó que le hablasen de sus versos.

—Quítate el paltó.

Tuvo que sufrir un examen general. Luego, cuando creía llegado el momento de que alabasen su "Araña" y exaltasen su talento, sintió que le ligaban el brazo y que una aguja le partía las carnes. Un poco de sangre fué trasladada a la inyectadora.

—Bueno, vente mañana.

¡Y ni una frase de admiración para sus versos!

Volvió temprano. Le inquietaba la actitud misteriosa del médico. Muchas interrogaciones pugnaban por sacudirle la lengua paralítica de recelo.

El pinchazo de la aguja le trasmitió al cuerpo una substancia nueva.

Nada más.

Era terrible.

***

Los días pasaban. La aguja se hundía periódicamente.

Ya no sentía ganas de escribir versos

Sus movimientos bruscos se domesticaban.

En su pecho dejaron de hacer gárgaras las canciones simples.

De sus ojos huía el relámpago opaco de la satisfacción.

Sus palabras eran más reducidas y más lentas, y salían de su boca como hombres nocturnos de una casa sorda.

En su mente se abrían huecos de comprensión.

Y al fin.

***

Yaguazo, la caja al hombro y la mirada triste, camina despacio.

No le importan los ruidos de los automóviles ni los tropezones que a menudo le tambalean porque no los siente.

Se detiene frente a una casa de aspecto lujoso y lee la plancha clavada en la pared. Piensa sonriendo con amargura:

—Médico; médico; para esto sirven los médicos.

Da varios pasos y se pára en la puerta:

—"Dentro de un mes estamos listos", me dijo ayer. Dentro de un mes estaré curado. Para siempre. Curado. No haré más nunca versos estúpidos y nadie me tendrá compasión. Mucho tengo que agradecerle a este hombre.

Entra al zaguán. Inclina la mano sobre el timbre.

La sostiene en el aire:

—Ahora veo las cosas tal como son y las seguiré viendo así toda la vida si continúo viniendo a la clínica por un mes. Ver las cosas tal como son. Así debe ser.

Retira la mano con un gesto de inquietud:

—¿Y por qué?

Guarda la mano en el bolsillo temerosa de que no le obedezca y toque el timbre.

—Ver las cosas tal como son por toda la vida. Siempre. Si. Siempre. Nunca de otra manera. ¿Y por qué?

Permanece un rato abstraído.

—Si no vengo más la enfermedad recobrará el terreno perdido y volveré a ser un sifilítico, un loco.

Empieza a respirar con amplitud. Sus ojos miran a todos lados. Se muerde las uñas nerviosamente.

¡Hay en su rostro una expresión de espanto!

De repente da un salto y echa a correr.

A correr.

La mañana está linda.

SEÑALADOR

Se terminó de imprimir este
libro en los talleres de la
Lit. y Tip. Vargas,
de Caracas, el
24 de marzo
de 1930

▽